

A photograph of a man with dark, curly hair and glasses, seen from the side, looking intently at a large, textured tree trunk. A dark snake is coiled around the tree trunk. The background shows more of the tree and some green leaves against a blue sky.

vr vida religiosa

Febrero 2022-número 2 vol.133

El centro de gravedad de la «generación» pandemia

**Sofía Quintáns: «Soy fruto de
un 'nosotros' que cada vez es mayor»**

**Dolores Aleixandre:
Contra la obligación de ser feliz**



Publicaciones Claretianas está de **aniversario** este año. Son motivo de celebración para nosotros los **cincuenta años al servicio de la Iglesia**, de la vida consagrada especialmente y de la evangelización.



Desplegables al servicio de la evangelización

Un proyecto para parroquias, templos, santuarios, colegios, residencias universitarias, residencias de mayores, hospitales, centros pastorales...

Comience a preparar los tiempos fuertes de este año.

Solicítelos en nuestra web: **www.intergentes.es**



NOVEDAD

LECTIO DIVINA PARA TIEMPOS FUERTES

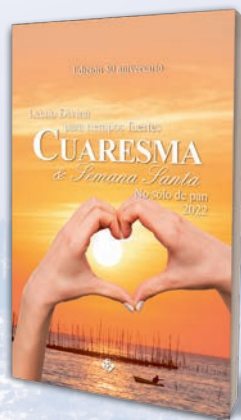
Cuaresma y Semana Santa 2022

No sólo de pan

ESPECIAL 50 ANIVERSARIO. Páginas 112. p.v.p.: 7 euros

Los tiempos fuertes de Cuaresma y Semana Santa son muy propicios para meditar y dejar que la Palabra de Dios inspire nuestras vidas. La "lectura orante" del Evangelio de cada día nos llega, en este año tan significativo para la editorial, de la mano de los comentaristas que han participado en este hermoso proyecto a lo largo de los últimos años.

Ángel Moreno de Buenafuente • Inmaculada Rodríguez Torné •
José Cristo Rey García Paredes • José-Román Flecha Andrés •
Ianire Angulo Ordorika • Carlos Martínez Oliveras



Publicaciones Claretianas
Juan Álvarez Mendizábal, 65, dupdo. 3º - 28008 Madrid - Tlf. 915 401 267
Fax: 915 400 066 - publicaciones@publicacionesclaretianas.com

www.publicacionesclaretianas.com



L. A. Gonzalo Díez
DIRECTOR
DE VIDA RELIGIOSA

El centro de gravedad de la «generación» pandemia

Es más que evidente que lo que vivimos nos está haciendo diferentes. Ha cambiado nuestro «centro de gravedad», se ha desplazado y, de repente, lo que no habían conseguido la infinidad de textos previos que insistían en provisionalidad, esencialidad, crisis, desplazamiento y minoridad... lo han visto nuestros ojos, lo hemos tocado y damos testimonio de ello.

Celebramos la Jornada de la Vida Consagrada. No faltará quien se emplee, una vez más, en señalar lo que significa consagración y cómo se ha expresado a lo largo de la historia. No faltará quien necesite dar al argumento autoridad —y, de paso, a sí mismo— citando una y otra vez a autores preclaros que a lo largo de los siglos supieron dejarnos el testimonio fiel y fiable de lo que es amar a Dios. No faltará quien haga llamamientos a la uni-

dad del cuerpo congregacional, corporatividad e integración. Tampoco quien se fije únicamente en la debilidad, o en las sombras que aparecen siempre que se enciende un foco de luz. No faltarán esas visiones, porque todas ellas forman parte de una verdad que es más grande, comprensiva y genial.

Sin embargo, la tarea urgente no es la generalización a gran escala de la vida consagrada. Ni grandes discursos que disimulen la vida. Tampoco su reivindicación ni, por supuesto, su menosprecio. Considero que la tarea urgente es la atención. La comprensión de los itinerarios que hombres y mujeres de carne y hueso están haciendo con sus vidas cuando expresan que son totalmente de Dios; porque son totalmente del mundo. Y es en esas visiones personales, en esos trayectos mis-

teriosos fecundados por un amor indescriptible, donde vamos a encontrar para este tiempo la definición de vida consagrada y, lo que es mejor, la mejor formulación de un estilo de vida que se puede ofrecer, proponer y compartir. Son esos hombres y mujeres todavía jóvenes, pero no tanto, los que están sosteniendo el nuevo rostro de la consagración en un «ya pero todavía no». Viven con respeto la historia recibida, pero cada vez son más conscientes de que ya no es su historia. Valoran con agradecimiento la misión ofrecida, pero íntimamente van experimentando que ya no pueden ni deben seguir ofreciendo lo mismo. Entienden y guardan silencio cuando en sus casas y capítulos se preparan mensajes, pero ellos y ellas saben que lo que hay que hacer es salir a escuchar el mensaje que está en la calle. Se mantie-

nen fieles a horarios y estilos que no los configuran, porque tienen más día y más horario, porque están llenos de nombres, historias e itinerarios que los empapan. Estos religiosos y religiosas participan de la estructura formal de su congregación y comunidad, pero tienen más vida: están comprometidos con el encuentro, la espontaneidad y la frescura de sus contemporáneos que han desterrado la formalidad en favor de la pluralidad; la hiper-organización en favor de la vida. Suelen callarse cuando en sus institutos se habla de futuro. Saben que es una forma de hablar, porque en realidad en las congregaciones cuando se habla de futuro muchas veces se reivindica el pasa-

do... No quieren hacer daño, por eso no confrontan con estilos y visiones que no tienen posibilidad de dialogar con el Espíritu que suscita otros estilos en esta época. Hay consagrados que saben que un elemento constitutivo e indispensable de sus vidas es el afecto. Saben querer. Se equivocan con frecuencia, pero así es como han integrado que son hombres o mujeres y diariamente buscan a Dios. No viven atados, retenidos o constreñidos en un ideal de pureza, en sí inexistente, que ha provocado tanto desastre y sigue siendo fuente de terremotos interiores, distorsiones afectivas, problemas relacionales y actitudes infantiles.

Son, los hombres y mujeres consagrados de esta generación Covid, personas que no «están de vuelta». No son escépticos porque han experimentado que todo puede pasar. Son felices del don recibido porque la pandemia ha amainado notablemente la vanagloria y la necesidad de triunfo. Son hombres y mujeres de sus carismas y, por eso, saben que lo importante es la sinodalidad, el encuentro, la comunión... el ser con otros. Son peregrinos y peregrinas originales, no reediciones, sueñan una consagración en diálogo con la historia y el porvenir; con el Señor de la historia y con los hombres y mujeres que con sed de verdad están en el camino.

Nuestra portada

Es un árbol viejo y un hombre, todavía joven. El árbol tiene vida y el hombre tiene futuro, tiene un porvenir que desconoce. Está en camino. Para nosotros puede inspirar el tránsito que estamos viviendo los consagrados. Sin despistarnos de las raíces del carisma es cada vez más evidente y necesario un desplazamiento, sin anestesia ni dilación, de lugares y estilos que hoy pueden silenciar y distorsionar la identidad de la vida consagrada en el corazón del pueblo de Dios.

Volumen 133. N° 2 Febrero 2022



Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

Redacción: Tel.: 915 401 262 - Fax: 915 400 066 - e-mail: secretaria@vidareligiosa.es

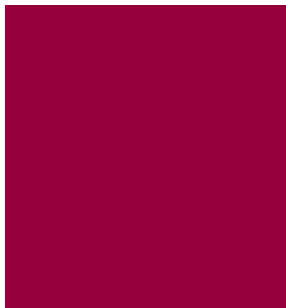
Suscripciones: Tel.: 915 401 238 - Fax: 915 400 066 - e-mail: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 62 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 93 euros ó 101\$ USD.

Otras naciones: 66 euros ó 71\$ USD. Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

Índice



04 En camino,

Alberto Ares

05 Mirada con lupa: Sofía Quintáns,

Luis A. Gonzalo Díez

17 Femenino singular,

Cristina Inogés

19 La sonrisa en la mirada,

Jorge A. Sierra

20 Hablando en dialecto,

Dolores Aleixandre

21 Retiro. Osar la mística del encuentro.

Una mirada cercana como la de Jesús,

Álvaro R. Echeverría

29 Vivir es así de simple,

José Tolentino de Mendonça



30 La sinodalidad que Dios espera de la vida consagrada del tercer milenio (II),

José Cristo Rey García

35 “La misión de la vida consagrada frente a los abusos”,

María Inés Franck

36 Constructores de comunidad,

Carmen Herrero

42 La anormalidad de los normales (I),

Gonzalo Fernández

47 ¡Hagamos que suceda!,

Daniela Cannavina

48 Lectura recomendada,

Francisco Javier Caballero



Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos)

Director: Luis A. Gonzalo Díez

Subdirector: Pedro Sarmiento

Consejo de Dirección: José Cristo Rey García

Consejo de Redacción: Asunción Codes, Luis González-Carvajal, Félix Martínez Lozano, M^a Luisa González,

Joaquim Erra i Mas, Segundo L. Pérez, Francisco J. Caballero - Depósito Legal: M-2.582-1.958 ISSN: 0211-9749

Maquetación y diseño: Araceli López-Pastor, M^a Ángeles González, Pedro M. Sarmiento

Foto de portada: Ernesto Jáuregui - Imprime: Din Impresores.



Enfocar la mirada

Alberto Ares

DIRECTOR DEL SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS - JRS EUROPA

El enfoque es uno de los aspectos más importantes que cualquier aficionado a la fotografía necesita conocer. Enfocar correctamente es necesario para resaltar lo que es importante respecto a lo que no lo es. Un buen enfoque marca la diferencia en fotografía, pero también en nuestras vidas. Vivimos a menudo inmersos en ritmos trepidantes, torbellinos de información y necesitamos realizar un ejercicio de enfoque para no perder el rumbo de lo verdaderamente importante y esencial. A Jesús, un día le preguntaron, si tuvieras que resumir lo más importante, aquello que nos quiere decir Dios de verdad, ¿qué sería?

“Ama a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu ser, y al prójimo como a ti mismo”.

Es decir, que para Jesús aprendemos a enfocar cuando amamos. Como cristianos sabemos que no podemos amar a Dios sin amar

a las personas y no podemos amar a las personas sin amar a Dios.

Hoy en día hay algunos elementos que nos ayudan a afinar ese enfoque de una forma especial. Un aspecto muy importante de ese amor es la compasión, que significa ponerse en los zapatos de los demás. Para amar necesitamos meternos en la piel de las personas, con sus alegrías y tristezas, en su gozo y dolor, en sus dudas y certezas.

Otro componente esencial es acompañar a las personas desde la gratuidad. En nuestro día a día el tiempo es oro y valoramos mucho más el hacer que el estar, pero reconocemos que las personas que han marcado nuestra vida, que nos han ayudado a crecer, son expertas en regalarnos su tiempo. Aunque parezca que vamos contracorriente, un elemento de enfoque de nuestro amor es la fidelidad. Cuando parece que todo es temporal o con fecha de caducidad, el amor fiel, la convicción de

que “te amaré siempre” esté tatuado en nuestro corazón, hace un antes y un después en nuestra vida.

El silencio muchas veces nos asusta. Necesitamos ruido a nuestro alrededor para acallar lo que bulle en nuestro interior. Tenemos muchas veces miedo a encarar nuestros fantasmas o heridas, pero el silencio posibilita espacios de escucha activa, de sanación, de paz auténtica en la que cual escuchar la voz de Dios, de nuestro yo más genuino, que nos ayuda a enfocar nuestra vida.

Cultivar la amistad también afina nuestro enfoque. Una amistad sincera nos acompaña y contrasta, nos descentra de nuestro ombligo existencial para abrirnos en ocasiones a la sorpresa, a la novedad, para ser compañera en el camino.

Aprendemos a enfocar cuando amamos...

Dicen que cada maestrillo tiene su librillo. Y a ti, ¿qué elementos te ayudan a enfocar la mirada?

MIRADA CON LUPA



Sofía Quintáns,
franciscana misionera
de la Madre del Divino Pastor

**«Soy fruto de un ‘nosotros’
que cada vez es mayor...»**

ENTREVISTA

Es el paradigma de la vida consagrada de nuestro tiempo. Desplazada, en la frontera, intercultural, interdisciplinar, sencilla y directa... Ha pasado por distintos lugares desde que dejara su Vilagarcía de Arousa natal: Vigo, Santiago de Compostela, Madrid, Arauca (Venezuela), Salamanca, Angola y, ahora, Brasil. Ha aprendido –nos dice– «a dejarse tocar diariamente por el cuerpo de Cristo impotente y roto de mi hermana y mi hermano...».

Luis A. Gonzalo Díez
Director de VR

Tu misión actual se centra al servicio de los migrantes y refugiados. Describe cómo está la situación.

Las primeras hermanas que formamos la comunidad de Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor llegamos a la ciudad de Boa Vista, en el estado de Roraima, situado en el extremo norte de Brasil, frontera con Venezuela y la Guayana Inglesa en el año 2019. Desde el 2018 se produjo un éxodo sin precedentes de venezolanos saliendo de su tierra a pie, atravesando la Gran Sabana venezolana para entrar por esa frontera en Brasil. Una situación que no ha parado ni en el tiempo de Covid cuando se cerraron las fronteras. Se ha convertido en emergencia humanitaria, casi desconocida, como tantas otras en nuestro mundo, en la que llegan al día más de 1.000 personas. En cada oleada migratoria son cada vez más extremas las condiciones en las que las personas llegan. Con hambre, desnutridas, enfermas crónicas y terminales... familias separadas, mujeres embarazadas y solas con muchos hijos, ancianitos, adolescentes separados y desacompañados... muchos niños y niñas. Salen también cientos de indígenas de las distintas etnias de Venezuela, dejando

su tan amada tierra y forma de vida. Todos con una carga de dolor por el desarraigo forzado y a la vez esperanza que en ocasiones se apaga por el sufrimiento del anonimato en la nueva tierra.

Desde el año 2019, Brasil lidera la Operación Acogida enviando contingentes militares a la frontera, junto con las Organizaciones Internacionales de las Naciones Unidas, las Organizaciones no gubernamentales y las distintas iglesias.

Esta gran Operación Acogida reconoce los derechos de los migrantes y refugiados y es así como, cuando llegan, hay puestos de recepción y documentación y son vacunados. Los más vulnerables tienen posibilidad de entrar en los campos de refugiados de manera temporal. En este momento entre Pacaraima, que es el primer pueblo de Brasil al que llegan y Boa Vista, donde nosotras vivimos, hay más de 13 distribuidos por perfiles de acompañamiento: para indígenas, para hombres solos, para mujeres solas con sus hijos, para enfermos crónicos y terminales, para las personas que están próximas a viajar a través del proceso de interiorización... En cada campo están entre 600 y 1.500 personas. En este momento nos

encontramos en un proceso de reestructuración que va a consistir en que varios campos se transformarán en uno solo con capacidad para más de 3.000 personas. Con esta llegada masiva ininterrumpida, los campos de refugiados no dan abasto para la acogida temporal y muchas personas se quedan en la calle... En esta extrema vulnerabilidad hay miles de personas tanto en Pacaraima como en Boa Vista.

Todo este proceso de acogida trata de ser lo más corto posible, hasta que las personas puedan tener sus documentos e iniciar el proceso de inserción en la sociedad que les acoge. Eso sí, nunca dura menos de 6 meses.

La Iglesia Católica en esta Operación Acogida tratamos de acoger, proteger, promover e integrar, colocando como protagonista a nuestra hermana y hermano—Cristo vivo— que llega a nosotros. Cada historia, cada vida no es un número ni un argumento para recibir protagonismo la persona o la institución que lidera el proyecto. Por eso, la Iglesia Católica, como una madre de corazón abierto y un verdadero hospital de campaña, unida y en red a las otras organizaciones e iglesias, vamos haciendo un camino para ser la respuesta unificada y profética desde

una articulación conjunta de todas las instituciones que vivimos esta misión como prioridad. Desde la profecía de la inclusión y en la defensa de la vida, en la lucha contra la xenofobia y reclamando políticas públicas que visibilicen de verdad a los hijos e hijas de Dios crucificados. Estamos en la Operación Acogida desde la encíclica *Fratelli tutti* en modo ON, en modo real, desde la praxis, en un camino sinodal en el que la Iglesia y la vida religiosa de Brasil tienen vida, experiencia y profecía. Sin duda, para mí la Iglesia está siendo discípula y misionera, samaritana. En camino con otros clamores que allí escuchamos diariamente, pues estamos en la Amazonia, intentando hacer vida los sueños del Sínodo. El clamor de la madre tierra que llora con la explotación minera ilegal, los pueblos originarios y su lucha por sobrevivir, nuestros pueblos desprotegidos ante el Covid, el tráfico de seres humanos que está presente y crece en contextos de tanta fragilidad... Desde una espiritualidad de la ecología integral, donde sentimos todos estos desafíos constantes como llamadas del Espíritu.

Vivimos en misión e intentamos dar una respuesta

conjunta y rápida desde este contexto de emergencia, donde nadie sobra y donde todos sumamos. Solos y solas nunca podríamos. Don-

El cambio es llegar a entender que nadie sobra. Todos sumamos

de compartimos la mesa fraterna de la amistad social, de la defensa de la vida y la dignidad del ser humano, cada uno desde su identidad.

Nosotros como Iglesia nos sentimos urgidos constantemente a vivir desde el Evangelio y abrazar a Cristo pobre, recorriendo caminos inéditos de ternura, fra-



ternidad, resistencia y profecía; desde la alegría y la libertad.

¿Cómo es un día normal de Sofía?

Desde que llegué a Brasil mantuve la certeza clara de abrir caminos a la vida respondiendo al clamor de los y las vulnerables, en el rostro de los migrantes y refugiados. A la vez, nuestra comunidad quiere ser puente con nuestras hermanas de Venezuela en la situación tan dura que viven.

Con cada hermana de mi comunidad vamos construyendo el camino desde la

corresponsabilidad mutua, el sentido de pertenencia y envío e intentamos cuidar nuestro ser, nuestras relaciones, nuestros tiempos con ternura, cercanía, paciencia... Somos una comunidad joven e intercultural donde nada se puede dar por supuesto y ensayamos, en la medida de lo que cada una está dispuesta a entregar y arriesgar, una vida franciscana más humana, encarnada, hospitalaria y más en sintonía con los signos de los tiempos. Nada ni nadie nos impide vivir en radicalidad y ensayar nuevos caminos de entrega y fidelidad carismática. Por eso,

cada día es una aventura donde Dios nos modela en el rostro de los pobres, en el encuentro entre nosotras y desde ahí vamos destapando y relativizando tantas trampas y excusas, justificaciones, comodidades, para vivir siendo mujeres consagradas felices que queremos vivir con intensidad.

La acogida de la realidad desde el Evangelio, la escucha y diálogo entre nosotras, con momentos cuidados de oración y acompañamiento personal son fundamentales para ver por dónde van las llamadas del Espíritu en clave personal y en clave comu-



nitaria, para cuidar la vida a fondo y desde el fondo en discernimiento.

Acompasar los ritmos es un gran desafío. Siendo tres hermanas y cada una de un país y continente y siendo, además, la única comunidad de nuestra congregación en Brasil, exige ser mujeres adultas y estar abiertas a dinamizar procesos de interculturalidad, que suponen mucha escucha, corresponsabilidad y liderazgo compartido. También es imprescindible fortalecer nuestras personas para que puedan vivir este cuerpo a cuerpo comunitario y misionero, donde cada día nos enfrentamos con tanto sufrimiento humano en rostros concretos.

Desde el inicio estamos día a día acompañando a nuestros hermanos y hermanas en los campos de refugiados y en el *Servicio Jesuita para Migrantes y Refugiados* en el Área de protección y acompañamiento a menores separados y desacompañados, en los proyectos de *Fe y Alegría*, en la casa de acogida a familias migrantes y refugiadas que van a viajar a través del proceso de interiorización y con las hermanas Misioneras de la Caridad de la Madre Teresa de Calcuta haciendo y sirviendo

sopa para más de 1.000 personas al día en Boa Vista. Ahora también presentes en Cáritas desde el proyecto Orinoco.

La comunidad aprende a vivir en resistencia y esperanza con los pobres

Vivimos abiertas y cuidamos la hospitalidad con las personas de otras formas de vida cristiana o personas provenientes de otras iglesias o con distintas sensibilidades, jóvenes voluntarios, personas que necesitan una acogida temporal...

La vida comunitaria para nosotras es la primera misión y desde ella vivimos con otras y otros en misión, tejiendo puentes y redes diariamente e intentando colocar a las personas y su dignidad en el primer lugar.

Creo que actualizamos y damos vida a nuestro carisma cuando vivenciamos el rostro de la caridad verdadera, amando realmente con amor preferencial a los más vulnerables y sobre todo abrazando nuestra propia pobreza e impotencia, haciendo camino real de seguimiento desde ella, con ella, como María Ana Mogas, nuestra Fundadora lo vivió. Aprendiendo

día a día con tantos jóvenes laicos y laicas, creyentes o no, con gran motivación y entrega, viviendo en resistencia y esperanza con los pobres.

Allí donde el servicio de otras instituciones no llega para acompañar situaciones de extrema vulnerabilidad, nos piden estar. Y aprendemos

un Dios distinto, que gesta nuestra vida religiosa, nuestro proyecto comunitario, que nos abraza para abrazar y salir de nosotras.

Las tres hermanas que ahora formamos parte de la comunidad hacemos un proceso de inculturación más consciente ahora, después de un tiempo de vida y misión en Boa Vista. Nos ayuda mucho nuestra iglesia local con un camino sinodal que da protagonismo a los laicos y busca el compromiso real en la calle, así como la voz de la vida consagrada y de la Conferencia Episcopal de Brasil, la REPAM, el CIMI, la pastoral social, indigenista y de migrantes, las redes contra la trata de seres humanos... para dar un nuevo rostro a nuestra carisma vivo aquí. Por eso estamos presentes en la formación teológica y pastoral de líderes, acompañamos a los jóvenes y ya empezamos a percibir signos

de algunas jóvenes que experimentan entusiasmo por vivir en la entrega desde nuestro carisma.

En nuestro día a día a más de 38° C de temperatura y en la intensidad de lo que vivimos y acompañamos necesitamos tiempos de descanso y salida, algún paseo y paella con nuestros amigos y amigas, contemplar la maravilla de la naturaleza que nos rodea, compartir con nuestras comunidades de hermanas aunque sea en modo *online*, llamar a nuestras familias y amigos, cuidarnos para conectarnos más y mejor con la fuente. Vivo en acción de gracias por haber recibido una vida tan llena como la nuestra. Me siento llamada a ser hermana, hija y madre de nuestros hermanos y hermanas que están en los márgenes, a presentarme ligera de equipaje y estructuras, con Cristo pobre para los pobres. Ojalá el Espíritu nos haga nacer de nuevo y nunca falten testigos de su amor en nuestro mundo.

¿Crees que la vida consagrada está comprometida con los más débiles de la humanidad? ¿Qué desplazamientos sugieres?

Creo que lo que estamos viviendo a nivel mundial y al interior de nuestras comunidades en cualquier latitud del

mundo nos lleva, bien porque no nos queda más remedio, bien por convicción y visión, al principio de realidad que es el primer desplazamiento que sugiero. Nos permite descubrir la “debilidad” que no es en sí misma una virtud, sino la expresión de una realidad fundamental de nuestro ser, como lo fue en el ser y en la opción de vida de Jesús de Nazaret. Esa debilidad debe tenerse en cuenta continuamente, informada, plasmada por la fe, por la esperanza y por el amor para asemejarse a la debili-

dad de Cristo, a la humanidad de Cristo. De este modo, nuestra debilidad asumida y elegida se hace una de las lenguas más bellas para expresar la discreta caridad de Dios por la humanidad. Esta “conciencia de debilidad”, estamos urgidos a ponerle nombre y a objetivarla y esto requiere un discernimiento constante que, a mi juicio, es esencial para nuestras fraternidades.

Un nuevo rostro de vida religiosa ya ha nacido, ya no está en germen. Creo que a mi generación, nos toca ser



puente de una vida religiosa que muere y ojalá no muramos nosotras y nosotros antes de tiempo, y otra minoritaria que emerge como un nuevo rostro de vida consagrada, siempre Inter y con los laicos.

Ese germen de hermanas y hermanos de las distintas generaciones y con rostro intercultural está llamada a ser cuidada, posibilitando espacios sencillos que permitan la vida en nuestras familias religiosas. Creando cauces y condiciones para la

vida, para mostrar el rostro nuevo de nuestros carismas desde nuestra presencia como pobres y testigos del Reino entre los pobres y des-

Un nuevo rostro de vida religiosa ya ha nacido, ya no está en germen

cartados de la historia, de las instituciones, de nuestros sistemas, de nuestra misma Iglesia.

Creo que nos hemos acomodado, desorientado y nos

hemos dispersado en este mundo líquido, nos dejamos llevar por los pesos pesados que nos restan vida, sea desde nuestras obras, comunidades envejecidas y situaciones difíciles, focalizando en ellas y hasta colocando nuestro corazón y gran parte de nuestras energías y dejando a

un lado los gérmenes que estamos llamadas a alentar, a cuidar y a discernir, vengan de donde vengan.

En un proceso de transformación del mundo tan vertiginoso, la vida religiosa también cambia de rostro y nos pide volver a Jesús de Nazaret y al Evangelio desde la vida y no al margen de ella, liberándonos de propiedades, seguridades, inercias, justificaciones, sistema de bienestar, números... Este es el desplazamiento esencial. Análisis de la realidad no nos faltan por activa y por pasiva y desde hace mucho tiempo, desde dentro de nuestras familias religiosas y desde fuera, pero cuesta abrazar la realidad. Podemos vivir en cualquier parte del mundo en nuestras burbujas, repito, en cualquier parte del mundo, fieles a un “dios” que nada tiene que ver con el que apasionó la vida de nuestros fundadores y fundadoras. Y que grita en las fronteras y már-



genes de nuestro mundo tan herido porque se haga vida el Reino de Dios y su Justicia.

Nuestro seguimiento a Cristo pobre, nos conduce al abrazo de nuestra pobreza presente dentro y fuera de nuestras comunidades. Al abrazo a la realidad, aunque nos desconcierte.

Hay una presencia de vida religiosa que nos abraza en nuestra pobreza, en nuestro descarte, que vive allí donde nadie está o pocos quieren estar, que humaniza nuestras presencias con su acogida, sencillez, ternura, escucha y capacidad de donarse.

Y es esa presencia de vida religiosa profundamente humana y entregada a la que siento que estamos llamados a desplazarlos, contagiando y acompañando a los más jóvenes en procesos de despropiación y entrega generosa.

¿Por qué ofreciendo un rostro comprometido con la humanidad, la vida consagrada no acaba de tener fuerza vocacional entre los más jóvenes?

Hay muchas razones desde las distintas perspectivas: sociológica, juvenil, eclesial, situación de las familias, nuestras propias comunida-

des... a veces no somos un rostro atrayente porque no estamos visibles en la realidad, allí donde las personas combaten su día a día, se

La ruptura vocacional tiene que ver con nuestra separación de la vida real

mueven, sufren, se alegran y sueñan... Podemos llegar a ser auténticos desconocidos.

Pero creo que el problema fundamental de la crisis vocacional, tiene que ver con la crisis de nuestra propia vocación, que además se trata de una crisis de fe. Esto nos afecta a las religiosas y religiosos en primer lugar, pero afecta también al mundo juvenil y a la sociedad en general. Creo que lo que sucede en nuestra sociedad está bien palpable en nuestras comunidades. Donde está en crisis la relación con Dios, no puede brillar la propia vocación, que como mucho queda reducida a una serie de servicios más o menos atractivos, pero separada de toda iniciativa de Dios. Lo mismo podemos decir de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, jóvenes o adultos: donde no se vive la relación con Dios, no hay conciencia vocacional, y cualquier

opción de vida que se haga, será hecha desde principios que no tienen nada que ver con Dios... incluso cuando esta opción de vida conduzca a una institución religiosa.

Algunas cuestiones duras que estamos padeciendo en la Iglesia, aunque sean conocidas de manera superficial por los jóvenes les hacen alejarse de nosotros. Son muchas las ofertas que llegan a la vida de los jóvenes hoy. No todos se sienten llamados a una forma de vida como la nuestra y para toda la vida. Tiene de fondo la búsqueda y el sentido de la vida, en lugar de buscar experiencias fugaces, sensaciones, emociones y eso no pasa por una experiencia de fe, una consagración, una entrega a los pobres, una vida en comunidad... algunas y algunos se acercan, ven, viven con nosotras y nosotros por un tiempo pero no se quedan. El dinamismo vocacional o la llamada al seguimiento desde esta forma de vida es de fidelidad personal: la persona y Dios. De llamada y respuesta. A veces tampoco anunciamos el tesoro de nuestra vocación, sin ponerla por encima de las otras vocaciones, tenemos falsos miedos, no sabemos como hacerlo o nos habita la

tristeza, el desánimo. Las distancias generacionales tan grandes, la calidad de nuestras relaciones y de nuestra vida, el impulso misionero... son factores que también influyen.

Pero también es verdad que cada día son más los laicos que se comprometen a fondo perdido en el seguimiento de Jesús y con los más vulnerables. Ha menguado y va a menguar más el número de consagradas y consagrados pero creo que está creciendo el de laicos viviendo su vocación en radicalidad evangélica. Forma parte también del nuevo rostro de la vida religiosa.

¿Estamos convencidos los consagrados de compartir vida y misión con otros y otras vocaciones?

Quizás compartimos vida y misión con los laicos porque no nos queda otro remedio y muchas veces con sentimientos de resentimiento y pérdida, hasta lo podemos decir y nombrar como algo normal pero no altera nuestra forma de vida. También es cierto que en muchas de nuestras familias religiosas llevamos muchos años cuidando este dinamismo y vida y hemos tenido tiempo y oportunidades para reconocerlo como don del Espíritu,

como natural, rico y bueno. Así lo vivo yo.

En las nuevas generaciones en la vida religiosa siento que debiera incorporarse como parte de su proceso vocacional de fidelidad, compartir vida y misión con los laicos y otras formas de seguimiento en la Iglesia. Para entrar en nuevos dinámicos y experiencias compartidas en todo y para todo.

En general, creo que nos falta mucho incluso con los laicos con los que compartimos carisma. Y a ellos para hacernos propuestas osadas, valientes, que nos hagan dar pasos reales, no teóricos. Se trata de alentar todo tipo de





experiencias que nos ayuden cada día más a compartir vida y misión. Es ya un rostro nuevo de vida religiosa que ya está presente. Es un proceso en el que no a todos se nos da la capacidad de visión pero estoy convencida que es el nuevo rostro de la vida consagrada con otros y otras, con distintas vocaciones, grupos distintos de Iglesia, de otras iglesias y con otras instituciones. Es un camino real de sinodalidad al que hay que seguir dando cuerpo sin miedo.

¿Qué impulso puede darnos a los consagrados el caminar sinodal en el que estamos como Iglesia?

En el recuperar la memoria para vivir de verdad nuestra vida consagrada que es eminentemente sinodal, lo ha sido desde sus inicios cuando no existía en la Iglesia ni democracia ni horizontalidad, basta asomarnos a la historia del monacato. Ha nacido y vive sostenida por el Espíritu, para ser testigo del Reino, comprometida, soñadora, buscadora y hace-

dora de respuestas proféticas de amor y abrazo a la realidad, siempre en salida y en camino. Todo lo que nos cierra en nosotras y nosotros mismos, en nuestras comunidades, en nuestra auto-referencialidad no nos ayuda a caminar con otros y otras. La sinodalidad se puede convertir en una palabra ahora tantas veces repetida que se reduzca a moda y no la llenemos de contenido, como tantas otras que tenemos y que son esenciales en nuestro caminar como vida religiosa.

Creo que puede suponer un *Kairós* si de verdad cambia la estructura de la Iglesia piramidal y patriarcal, en una Iglesia Pueblo de Dios, renovadora e hija del Concilio Vaticano II. Es una nueva oportunidad para la conversión y para recrear, de nuevo, el tejido relacional de la Iglesia. Es una fuerte llamada para nosotras y nosotros que vivimos para la comunión, para no salir de la sinodalidad, para tender puentes y no retroceder y desandar caminos inspiradores de fidelidad y renovación.

Creo que puede ser una nueva oportunidad para vivir desde el Espíritu, desde la lógica de lo comunitario que nos hace discípulos y discípulas todas y todos iguales desde las distintas vocaciones. Siendo normales y sencillos, buscadores, peregrinos, apasionados por Jesús de Nazaret y su Reino. Provocando y promoviendo las alianzas y los pactos que sean necesarios para que nuestra historia sea compartida como pueblo de Dios. Unidos a las causas de la humanidad, en la lucha por la justicia.

Creo que en el camino sinodal y desde el cambio de corazón, mente y estructuras, la voz de las mujeres es fundamental y tiene que ser

reconocida en pasos decididos para que realmente sea sinodal. Esta es una llamada fuerte y pendiente en nuestra Iglesia y que la vida consagrada femenina tenemos que reclamar con sentido de fidelidad y justicia.

Sería un verdadero testimonio una comunidad que se interrogase continuamente sobre su fe y sobre las modalidades de confesarla y expresarla; sería mucho más profética una comunidad que elaborase en la fatiga del discernimiento y de la confrontación un proyecto litúrgico, pastoral y catequético conforme al propio carisma y a los sujetos que la constituyen y a aquellos otros a los que hay que abrirse. Considerando que la Iglesia no existe para sí misma, sino para ser sacramento, es decir, signo e instrumento del encuentro con Dios y de la unidad de todo el género humano, un estilo sinodal es, pues, el que, desde el encuentro con Cristo, antepone el reconocimiento recíproco a cualquier otra cosa; fortalecido este reconocimiento por la recíproca autoridad, animado por el hacernos conscientes de los dones a cada una concedidos por el Espíritu. Nadie es inútil en la iglesia local ni en las comunidades que la constituyen. Nadie es inútil en

nuestra comunidad religiosa, pues todas y todos estamos igualmente marcados por el Espíritu, en la diversidad de dones. He aquí, por tanto, el núcleo de la sinodalidad, sabernos en camino juntas y juntos, desde la diversidad de los dones, sin jerarquías «sagradas», sin hipotecas clericales, sin privilegios cualesquiera que sean. Juntos, precisamente, hermanos y hermanas que miran al modelo Trinitario, círculo inefable de reciprocidad interpersonal. Hermanos y hermanas constitutivamente en el signo de la libertad y de la creatividad, en el signo del diálogo y del servicio, en el signo de la gratuidad que brotan del Padre, del Hijo y del Espíritu. Juntas y juntos al servicio del Reino, desde abajo y desde dentro de la historia.

¿Cómo ves el porvenir de la vida consagrada?

Estoy convencida que nuestro porvenir está en las manos de Dios, creo en su presente y en su futuro, pero nos urge empeñarnos en vivir con más sencillez, alegría y autenticidad. Nos urge sostener procesos con claridad de prioridades, para ir dando nuevas respuestas. A su vez, acompañar con todo cariño lo que está llamado a morir, con mucha paciencia,

lúcidas y lúcidos, sostenidas y sostenidos en el Espíritu de Dios, en el porvenir de nuestra vida consagrada. Siento que acompañar y cuidar la vida a varios ritmos con profunda humanidad es el gran desafío actual de nuestra vida consagrada. Recuperando la centralidad del Espíritu en nuestra vida religiosa, y una contemplación del Dios vivo al lado de los clamores de la humanidad, en la realidad, desde la realidad. Con un sello muy fuerte de minoridad, en las fronteras, alentando todo lo que sea comunitario o genere redes de fraternidad y amistad social, como ya indiqué antes.

Veo un rostro de vida consagrada intercultural, inter-

congregacional e itinerante, abierta a nuevas formas de vida y expresión misionera. Expresando y actualizando la radical novedad de nuestros carismas al servicio del Reino de la vida.

¿En qué apoya la esperanza la franciscana Red Quintáns?

Esta pregunta radical y fundante ha aparecido en mi vida como don de Dios en los momentos más oscuros, densos, largos en el tiempo y de mayor debilidad. Ahí me he encontrado con mi verdad y una fuerza interior que solo Dios puede dar, esa pequeña esperanza de la que habla Peguy, que me empuja para continuar el camino, que me ha salvado y me ha

fortalecido y va configurando mi ser.

Una esperanza que se me hace cada día más consciente y clara en el encuentro con vidas e historias, en la paciencia y la resistencia de tantas mujeres de mi edad que luchan por la vida a “brazo partido”, en tantas personas migrantes y refugiadas que me recuerdan el sentido de mi vida, la razón de mi esperanza.

Soy testigo de la esperanza cada día al lado de los humildes, me sorprende, me llena de ternura, me evangeliza, me da alegría, me hace feliz. Es una fuerza tan grande que supera cualquier oscuridad y me hace vivir para cantar el Aleluya de la tierra. 

Casa de Espiritualidad Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús
C/ Convent, 2. 46703 Benirredrá - Gandía (Valencia)
Tel.: 962 86 19 95
<https://casaespiritualidadgandia.es/>

Actividades generales:

Con motivo del año jubilar de san Francisco de Borja, ofrecemos un retiro trimestral abierto que anunciaremos en las redes de la casa de Espiritualidad.

Ejercicios Espirituales ignacianos de 4 días:

25-28 febrero. *Leer la propia vida en el año Ignacio y Borgiano.*

Ramón Correcher, sj.

Ejercicios Espirituales ignacianos de 8 días:

8-17 abril. Antonio Bohórquez, sj.

17-26 junio. Alfonso Baigorri, sj.

3-12 julio. Francisco Cuartero, sj.

21-30 julio. Daniel Cuesta, sj.

20-29 agosto. Juan José Martínez, sj.

25 octubre - 3 noviembre. José Ignacio Vitón, sj.



Entrenar la mirada

CRISTINA INOGÉS SANZ

LAICA. TEÓLOGA. COMISIÓN METODOLÓGICA DEL SÍNODO DE OBISPOS

Mirar exige la decisión de dirigir nuestros ojos hacia algún punto concreto aunque, al mirar, terminemos viendo solo lo que queremos ver.

Miramos aquello que nos resulta bello. Para algunos será un cuadro de Velázquez, una escultura de Miguel Ángel, o unos zapatos artesanos; para otros, será una litografía de Andy Warhol, un adorno punk, o una camiseta firmada de AC/DC. Para esto, aunque sea tremendamente dispar, hay que tener educada la mirada.

Un fotógrafo busca sobre todo la luz y también la sombra para jugar con las posibles gamas de colores. A nosotros nos debería gustar hacer lo mismo, sin embargo, me temo, nos va más o todo blanco o todo negro y así, nos perdemos los matices

grises que tan interesantes son. En la vida no todo es blanco o negro aunque, en ocasiones, son los únicos colores posibles.

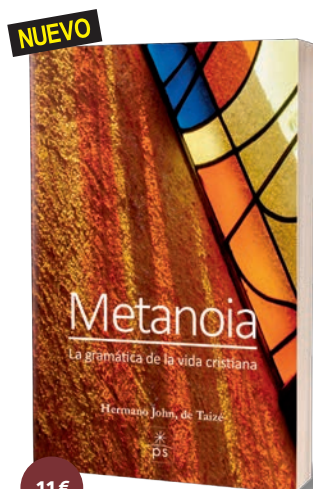
Jesús tenía la mirada entrenada en el amor, en la falta de prejuicio, y en la verdad. Eso le permitió tratar con respeto y ternura a las personas con las que se cruzó, sin embargo, también le permitió ser directo, actuar sin medias tintas con quienes se tomaban al ser humano y sus sufrimientos a la ligera.

Así debemos hacer nosotros. Tener la mirada entrenada sirve para alcanzar lo que hay más allá de lo evidente. Puede ser mejor y más bello que lo aparente, pero también puede ser peor y más horrible. Sin embargo, si queremos ir más allá, más a fondo, más a la verdad, entrenar la mirada

es fundamental porque una mirada distorsionada solo sirve para engañarse. Tarde o temprano, con la mirada entrenada, somos capaces de afrontar la verdad. De lo contrario nos terminan abriendo los ojos otros.

Entrenar la mirada nos hace más adultos, más libres, más capaces para no terminar viendo solo lo que otros quieren que veamos. Es un acto de responsabilidad ante hechos que nos afectan a todos, aunque no todos hayamos tomado parte. Educar la mirada es, en definitiva, educar la conciencia incluso para mirar aquello que no queríamos ver.

Por si no queda claro, educar la mirada tiene mucho que ver con aprender a mirar toda clase de abusos en la Iglesia y poder terminar con ellos. Por supuesto, en la vida religiosa también.



Metanoia

HERMANO JOHN, DE TAIZÉ

ISBN: 978-84-284-0841-7

¿Cómo vivir una vida auténticamente cristiana? A pesar de que hay muchos libros y artículos que delinear el contenido del mensaje evangélico, la forma de una existencia basada en la fe no ha sido tan exhaustivamente estudiada. Para hablar una lengua correctamente, no basta conocer el vocabulario; debemos tener una buena comprensión de la gramática.



Evangelizados para evangelizar

SANTIAGO AGRELO

ISBN: 978-84-284-0843-1

“Recibir con alegría la buena noticia que es Cristo Jesús, entregar la llave de la propia vida a Cristo Jesús, dejarnos ungir y llevar por su Espíritu, acoger la misión que el Espíritu nos confía, eso significa dejarse evangelizar. Si nos dejamos, entonces ya no podremos dejar de evangelizar”.



En la Escuela de la Lectio Divina: De Jesús a los Padres

Mª PILAR AVELLANEDA RUÍZ

ISBN: 978-84-284-0844-8

Cada día, liturgia y vida consagrada, intrínsecamente vinculadas, son el recuerdo de la primacía del Evangelio en nuestras vidas, y signo de lo esencial en la vida de la Iglesia. Esto conlleva un empeño diario por dar prioridad a la escucha de la Palabra, y al gesto litúrgico, constantemente reavivado.



Historia de la Teología Moral V. de Trento al Vaticano. 3. Alfonso de Liguori (1696-1787)

MARCIANO VIDAL

ISBN: 978-84-284-0813-4



De la Claridad del Shabbat a la luz de la Pascua

Mª PILAR AVELLANEDA

ISBN 978-84-284-0826-4



El fenómeno comunitario de la vida consagrada

LUIS ALBERTO

GONZALO DíEZ

ISBN: 978-84-284-0820-2



¡Crucemos a la otra orilla!

LUIS ALBERTO

GONZALO DíEZ

ISBN: 978-84-284-0839-4



Comunidades abiertas a lo nuevo

Jorge A. Sierra

HERMANO DE LA SALLE

DELEGADO DE PASTORAL DEL DISTRITO ARLEP DE ESPAÑA Y PORTUGAL

Hace un par de años, con cierta sorna y bastante realismo, decía un hermano de congregación que cada vez que en su comunidad sonaba el timbre el siguiente sonido eran las cerraduras de las habitaciones... cerrándose. ¡No vaya a ser que venga alguien a molestar! Seguro que es una exageración y una caricatura, pero quizás refleje algo de la realidad que actualmente estamos viviendo en la vida consagrada, con tendencia a encerrarnos en nuestras habitaciones —o despachos—, cuando no en el fatídico “que me dejen como estoy”.

A veces, en los grupos juveniles, surge la conversación sobre cómo es nuestra comunidad. No son extraños los prejuicios e incluso imaginaciones un tanto extrañas y “locas de la casa” sobre

nuestra forma de vivir: que si grandes dormitorios corridos, que si comidas en silencio, que si... A veces la televisión juega malas pasadas y todo se mezcla.

Precisamente en una película se veía esta escena, realmente entrañable. En la premiada cinta *Las niñas*, de P. Palomero (2020), las jóvenes protagonistas, alumnas de un clásico colegio de monjas en 1992, cometen la travesura de subir a escondidas a la comunidad de las Hermanas. Tienen una curiosidad adolescente que les lleva a entrar en las habitaciones, el comedor... y la sala de la tele, donde finalmente se quedan inocentemente dormidas, junto a alguna Hermana mayor que no nota su presencia. Son castigadas, claro, pero hasta la misma Directora que las reprende no puede dejar de esbozar una sonrisa

cariñosa: habrían podido hacer una tropelía, pero apenas se han asomado... y se han dormido.

No me gustaría que nuestras comunidades, que al fin y al cabo son nuestro hogar, se convirtieran en una exposición para los visitantes, pero me pregunto si podríamos hacerlas más accesibles, con sencillez. He visto cómo una comunidad normal se ha ido transformando gracias a una máquina de café accesible para cualquiera y algún que otro partido de fútbol visto con quien quisiera acercarse. ¡Y eso hace más por el testimonio que muchos documentos!

El papa Francisco nos pide ser agentes de “alegría en múltiples formas, paz y sentido del humor”. ¿Y si alguna de esas formas pasara por abrir las puertas de nuestras comunidades?



Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS

Contra la obligación de ser feliz

Debajo del título hay una declaración de hostilidad hacia ese imperativo categórico que nos rodea por todas partes –también ronda a la vida consagrada– machacándonos con el eslogan: “Sé feliz” y su complementario “Cuídate” que arrasa en nuestras fórmulas de despedida. Se formulan en segunda persona del singular, faltaría más, porque de lo que se trata es de que cada cual se ocupe solo de sí mismo y procure “no perderse ninguna sensación positiva que le prometa un incremento de bienestar y de rendimiento”. Vivimos inmersos en una cultura que califica el esfuerzo como fastidioso, lo cotidiano como aburrido y la fidelidad como obsoleta, y nos empuja hacia espacios más seductores y permisivos, aunque eso suponga renunciar y dejar atrás mucho de lo que hace la vida digna de ser vivida. Así que, o espabilamos, o nos disolveremos en ese

magma viscoso que solo admite el bienestar, la positividad y el optimismo. Y llegaremos a pensar que Francisco de Asís, en vez de desposarse con la Dama Pobreza, hubiera acertado más cortejando a Miss Happyyness, o que el mayor deseo de la Madre Teresa era que le recomendaran: “¡Cuídense!”.

Por eso nos resulta tan inoportuna la inminencia de la cuaresma, con su manía de situarnos, año tras año a contracorriente, y de rociarnos con una ceniza polvorienta que vete a saber si no estará contaminada de gérmenes ómicron. Qué empeño el de la liturgia en urgirnos apasionadamente a zambullirnos en el Evangelio y mirar al Crucificado, en vez de vaporizarnos con algún perfume relajante y susurrarnos con suavidad: “Relájate, sonríe, aleja de ti todo lo negativo...”. La parábola del tesoro es un magnífico test de antígenos para detectar si damos positivo en el virus felicititis, esa

preocupación obsesiva por ser-felices como supremo horizonte vital: nos pone en contacto con un personaje que no perseguía la felicidad directamente, sino que se la encontró de manera gratuita y el tesoro que le llenó de alegría no había sido objeto de búsqueda sino que lo halló por sorpresa. Por eso le asombraría nuestra torpeza y nos avisaría: “Nunca la vais a conseguir buscándola directamente: solo se deja encontrar por los des-centrados y des-procupados de ella”.

Un texto de Isaac de Nínive, un Padre del s.VII, reorienta nuestra mirada:

“Como los ojos de un marinero miran las estrellas, así la mirada interior del discípulo está fija en el fin que ocupa su pensamiento desde el día en que se decidió a emprender su viaje para encontrar la perla, lanzándose al abismo inexplorado del mar. Su mirada expectante convierte en ligero el fardo de las dificultades que encuentra a lo largo de su camino”.

Y, si también habláramos con él, posiblemente nos diría: - “Pregúntate si hay expectación en tus ojos y en tu corazón, o si te estás quedando bizco o bizca de tanto mirar con el rabillo del ojo si eres feliz o no...”.

RETIRO MENSUAL

2 OSAR LA MÍSTICA
DEL ENCUENTRO.
UNA MIRADA CERCANA
COMO LA DE JESÚS

ÁLVARO R. ECHEVERRÍA, FSC

OSAR LA MÍSTICA DEL ENCUENTRO. UNA MIRADA CERCANA COMO LA DE JESÚS

*Contempla la mirada de Jesús.
Déjate mirar por unos ojos que ven mucho
más adentro,
de lo que ven los demás y lo que tú ves de
ti mismo.
Fíjate más de sus ojos que de los tuyos.
Cree que su mirada puede de hacer de ti
un discípulo, una discípula.
Pídele que te enseñe a mirar
así a los demás,
que te haga como Él, incapaz de
sentenciar a nadie, de condenar a nadie,
de pensar de nadie que no es capaz de
cambiar (Dolores Aleixandre).*

El papa Francisco nos habla a menudo de una cultura del encuentro, de una mística del encuentro. Ambas tienen algo en común. Parten de una cercanía inspirada en las miradas y los encuentros de Jesús en el Evangelio. Así lo expresaba de una manera maravillosa el papa Francisco cuando todavía era Arzobispo de Buenos Aires.

“Nuestro Dios es un Dios que se aproxima. Un Dios que se hace cercano. Un Dios que empezó a caminar con su pueblo y luego se hizo uno de su pueblo en Jesucristo para hacerse cercano. Pero no con una cercanía metafísica sino con esa cercanía que describe Lucas, cuando (Jesús) va a curar a la hija de Jairo, que la gente lo apretujaba hasta sofocarlo mientras la pobre vieja de atrás le quería tocar el borde del manto. Con esa cercanía de la multitud que quería hacer callar en la entrada de Jericó al ciego que a los gritos pretendía hacerse oír. Con esa cercanía que dio ánimo a esos diez leprosos para pedirle que los limpiara. Jesús estaba metido en la cosa. Nadie se quería perder esa cercanía, incluso el petiso que se subía al sicómoro para verlo.

Nuestro Dios es un Dios cercano. Y es curioso: Él curaba, hacía el bien. San Pedro lo dice clarito: “Pasó haciendo el bien y sanando”. Jesús no hizo proselitismo: acompañó. Y las conversiones que lograba eran precisamente por esa actitud suya de acompañar, enseñar, escuchar, hasta tal punto que su condición de no ser un proselitista lo lleva a decir: “si ustedes también se quieren ir váyanse ahora, no pierdan tiempo. Vos tenés palabra de vida eterna, nos quedamos”. El Dios cercano, cercano con nuestra carne. El Dios del encuentro que sale al encuentro de su pueblo. Y con esa cercanía, con ese caminar, crea esa cultura del

encuentro que nos hace hermanos, nos hace hijos, y no socios de una ONG o pro-sélitos de una multinacional. Cercanía. Esa es la propuesta...” (Cardenal Bergoglio homilía del 2 de septiembre del año 2012).

La Iglesia es DIÁLOGO

Ya Pablo VI en su primera encíclica *Eclessia suam*, afirmaba: La iglesia es diálogo. Y nos daba unas características del diálogo de la salvación que pueden servirnos de parámetro de nuestro diálogo con los demás especialmente aquellos y aquellas con quienes convivimos y todos los que el Señor nos ha encomendado. Diálogo, que, si es auténtico, nace siempre de una mirada cercana como la de Jesús. Y el Papa nos dice:

- El diálogo de la salvación fue abierto espontáneamente por iniciativa divina: Él nos amó el primero; nos corresponderá a nosotros tomar la iniciativa para extender a los hombres el mismo diálogo, sin esperar a ser llamados.

- El diálogo de la salvación nació de la caridad, de la bondad divina: De tal manera amó Dios al mundo que le dio su Hijo unigénito; no otra cosa que un ferviente y desinteresado amor deberá impulsar el nuestro.

- El diálogo de la salvación no se ajustó a los méritos de aquellos a quienes fue dirigido, como tampoco por los resultados que conseguiría o que echaría de menos: No necesitan médico los que están sanos; también el nuestro ha de ser sin límites y sin cálculos.

- El diálogo de la salvación no obligó físicamente a nadie a acogerlo; fue un formidable requerimiento de amor; el cual si bien constituía una tremenda responsabilidad en aquellos a quienes se dirigió, les dejó, sin embargo, libres para acogerlo o rechazarlo...

- El diálogo de la salvación se hizo posible a todos; a todos se destina sin discriminación alguna; de igual modo el nuestro debe ser potencialmente universal, es decir, católico, y capaz de entablarse con cada uno, a no ser que alguien lo rechace o insinceramente finja acogerlo.

El diálogo de la salvación ha procedido normalmente por grados de desarrollo sucesivo, ha conocido los humildes comienzos antes del pleno éxito; también el nuestro habrá de tener en cuenta la lentitud de la madurez psicológica e histórica y la espera de la hora en que Dios lo haga eficaz... (ES 9).

Que hermosa y profunda reflexión nos dejó al inicio de su ministerio petrino san Pablo VI. Cada característica es una invitación a un examen de conciencia en relación a nuestro diálogo. Es un requerimiento a tomar nosotros la iniciativa, a primeriar como nos dirá el papa Francisco, a dar la prioridad al amor y a la bondad, a respetar la libertad de cada uno, a no cerrarnos a nadie, para que ninguno quede fuera, a la paciencia y a la espera de la hora de Dios.

El papa Francisco durante su visita a Cuba, en el 2015, decía a los jóvenes: El aislamiento

**El diálogo de la salvación
no obliga, es un
requerimiento de amor**

o la clausura en uno mismo, nunca generan esperanza, en cambio, la cercanía y el encuentro con el otro, sí, solos, no llegamos a ninguna parte. Tampoco con la exclusión se construye un futuro para nadie, ni siquiera

para uno mismo. Un camino de esperanza requiere una cultura del encuentro, del diálogo, que supere los contrastes y el enfrentamiento estéril. Para ello es fundamental considerar las diferencias en el modo de pensar, no como un riesgo, sino como una riqueza, y un modo de crecimiento... el mundo

Dialogar no es renunciar a las propias ideas, pero sí a creer que son las únicas

necesita esta cultura del encuentro, necesita jóvenes que quieran conocerse, que quieran amarse, que quieran caminar juntos, y construir un país como lo soñaba José Martí, ‘con todos y para todos’...

Y nos invitaba a contemplar el Evangelio para descubrir allí como se encuentran verdaderamente las personas. El Evangelio, ilumina sobre la proximidad, el estar cerca, el hacerse cargo del otro y más de una vez de las circunstancias del otro, como nos lo ilustra la parábola del Buen Samaritano. No sólo somos semejantes unos de otros, sino que tenemos que hacernos semejantes.

El desafío de la mística del encuentro para nuestras relaciones fraternas o sororales cotidianas

El papa Francisco en su discurso a los Movimientos Eclesiales en Cuba añadía, “vivimos en una cultura del desencuentro, de la fragmentación, una cultura en lo que no sirve se tira, la cultura del descarte...”...pero nosotros, –nos dice el Papa– debemos ir al encuentro y debemos crear con nuestra fe una “cultura del encuentro”, –remarcó–,

esta cultura debe caracterizarse por una cultura de la amistad, una cultura donde hallamos hermanos, donde podemos hablar también con los que no piensan como nosotros, como también con quienes tienen otra fe... todos tienen algo de común con nosotros: son imágenes de Dios, son hijos de Dios, Ir al encuentro con todos, sin negociar nuestra pertenencia”... “es necesario construir puentes, o desbloquear para que haya comunicación,... para que la comunicación de lugar a la amistad...”. (Francisco a los jóvenes en Cuba, septiembre 2015)

La Iglesia tiene una palabra, y es el “encuentro”. El que va al encuentro, respeta, ama y acepta. Y debemos desandar el desencuentro. Debemos dialogar más, conocernos y por lo tanto amarnos más, porque allí alcanza plenitud el encuentro.

El desafío es ayudar al diálogo y a ahondar en él, aprendiendo a escuchar con respeto. El Diálogo supone escucha y participación. Y la cultura del encuentro debe favorecer el diálogo en clima de respeto y calma. Se logra un verdadero encuentro si el otro se siente valorado, si la otra parte se siente verdaderamente acogida. La cultura del encuentro, –nos recuerda el Papa–, es estar dispuesto a dar, pero también estar dispuestos a recibir de los otros. Dialogar significa estar convencidos de que el otro tiene algo bueno que decir, acoger su punto de vista y sus propuestas. Dialogar no significa renunciar a las propias ideas y tradiciones, sino a la pretensión de que sean únicas y absolutas. Debemos ser y sentirnos ricos para dar y pobres para recibir.

No podemos dejar de contemplar y de mirar para respetar, el cuidado a la casa de todos nuestro Planeta, como aspecto de la cultura del encuentro. Nos dice el Papa en

Laudato Si', en el n° 89: “Las criaturas de este mundo no pueden ser consideradas un bien sin dueño:” Son tuyas Señor, que amas la vida” (Sab. I 1,26). Esto provoca la convicción de que, siendo creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde... (EG. 215). Pero sin olvidar que: No puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos (91).

Características de las miradas de Jesús

La mirada de Jesús refleja de una manera privilegiada la mirada de Dios, pues se fija sobre todo en las personas concretas, pero con una particular atención a los más necesitados.

La mirada de Jesús es capaz de tener un especial esmero por cada persona, viéndola como algo único e irrepetible. El bosque no le impide ver las ramas.

Es una mirada capaz, al mismo tiempo, de prestar atención a grupos numerosos, con una visión amplia. No se queda en un punto concreto, sino que tiene una mirada panorámica, de conjunto (“mirando a la muchedumbre” (Mt 5, 1). Según Marcos, Jesús tenía costumbre de “mirar en torno” (Mc 3,5).

Una de las particularidades de la mirada de Jesús es su gran capacidad para observar las cosas pequeñas y habituales, que suelen pasar desapercibidas, y a partir de aquí extraer una enseñanza para la vida, porque su mirada es una mirada “contemplativa”,

que va lo hondo del acontecimiento y la persona (en Lc 12,24-29 se fija en los cuervos y los lirios. En Lc 14,7, observa cómo los invitados cogen los primeros puestos).

La mirada de Jesús es una mirada asimiladora capaz de descubrir lo exterior para, desde allí, pasar a lo interior y acabar en la mirada espiritual (“con los ojos de Dios”): en Mc 5, 38-40 descubre que donde los demás veían muerte sólo había sueño, posibilidad de vida. En Mt 9, 4, conoce las auténticas intenciones de la persona. Un texto clave para descubrir la mirada de Jesús: Lc 21, 1-3.

La mirada de Jesús tiene la capacidad de romper los prejuicios, sobre todo cuando mira a los ojos. Y esa mirada de Jesús que llega a lo profundo transforma nuestro corazón y nuestra mirada, y nos lleva, más allá de nuestros prejuicios, a un mundo nuevo de posibilidades inéditas, descubre y revela lo mejor de cada uno de nosotros/as (Jn 1,45-48: del Natanael con prejuicios dirá “éste es un verdadero israelita, en el que no hay doblez alguna” (Cf. Retiro, Hermanos Maristas, Provincia Norandina, Colombia).

La comunidad de Jesús Hermano “fiel y misericordioso” (Heb. 2,17)

El Evangelio en numerosos pasajes nos da cuenta de cómo era la comunidad de

La mirada de Jesús tiene la capacidad de romper los prejuicios

Jesús. Y lo que más llama la atención es que el elemento central y aglutinador son las relaciones de Jesús con los doce; hombres que se caracterizaban por una gran diversidad,

desde Pedro tan impulsivo y generoso a Juan tan contemplativo, desde Mateo el publicano colaboracionista con el Imperio a Simón un zelota enemigo del mismo... A cada uno Jesús lo acepta como es y en esto revela su corazón misericordioso. Marcos nos dice que los llamó “para estar con él” o sea para ser sus compañeros y Juan nos hace ver que la relación que Jesús establece con cada uno de ellos y con todos crea una relación de amistad que prima sobre doctrinas y leyes. “Desde ahora les llamaré amigos, porque les he dado a conocer todo lo que oí a mi Padre” (Jn 15, 15).

El ser misericordiosos como el Padre nos debe llevar a mirar al mundo y a las personas con la mirada de Dios, el Dios compasivo que mira al mundo con profundo amor y con ternura paterno-maternal. Y Jesús mira el mundo con la mirada del Padre.

También nos habla de la mirada de Jesús, llena de amor misericordia a la mujer adúltera y durante su visita a Cuba en Holguín el Papa nos dice: “Aprendamos a mirar como Él nos mira, compartamos su ternura y su misericordia con los enfermos, los presos, los ancianos, y en nuestras familias”. Deje-

Seguir a Jesús nos capacita para admirar los pequeños signos de vida en el camino

mos que la mirada de Jesús “recorra nuestras calles” y nos devuelva “la alegría y la esperanza”.

Y Jesús se detuvo, no pasó de largo precipitadamente, lo miró sin prisa, lo miró con paz. Lo miró con ojos de misericordia; lo miró como nadie lo había mirado antes. Y

esa mirada abrió su corazón, lo hizo libre, lo sanó, le dio una esperanza, una nueva vida como a Zaqueo, a Bartimeo, a María Magdalena, a Pedro y también a cada uno de nosotros. Aunque no nos atrevamos a levantar los ojos al Señor, Él siempre nos mira primero. Es nuestra historia personal; al igual que muchos otros, cada uno de nosotros puede decir: yo también soy un pecador en el que Jesús puso su mirada.

Seguir la metodología evangélica de Jesús es tener, como él, una inmensa capacidad admirativa ante los más pequeños signos de vida que vamos encontrando por nuestro camino. Jesús ante un acto de virtud, aún mínimo se entusiasma y siente la necesidad casi explosiva de expresar su admiración, como nos dice el jesuita italiano Giovanni Blandino.

Así ante la fe humilde de la cananea: Mujer, ¡qué grande es tu fe! (Mt 15,28); ante el centurión romano, admirado, dice a la gente: Les digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande (Lc 7,9); tampoco oculta su admiración ante la pecadora en casa de Simeón: Te aseguro que si ella da tales muestras de amor es que le han sido perdonados sus muchos pecados (Lc 7,47), y no le pasa desapercibida la viuda que echa su limosna en el templo: Les aseguro que esa viuda pobre ha echado en las arcas más que todos los demás (Mc 12,43); y en medio de la agonía, da esperanzas al ladrón arrepentido: Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso (Lc 23,43). Y esto no tanto por el valor moral de tales actitudes sino, sobre todo, por el inmenso amor que Él tiene por cada persona que le hace descubrir lo mejor que hay en ella. Todo lo contrario, a la autorreferencialidad o al clericalismo de los que nos pone en guardia el papa Francisco.

Conclusión

Tanto la comunidad trinitaria, como la comunidad de Jesús y la primera comunidad de los Hechos, son íconos de nuestras comunidades eclesiales, y de la ecclesiola o pequeña Iglesia que es nuestra comunidad. Y las tres nos hablan de amor, de relación, de misericordia. Son tres invitaciones a franquear primero, antes de abrimos al mundo y vivir “en salida” como nos invita el papa Francisco, la puerta de la misericordia a nuestra comunidad, a nuestros hermanos o hermanas. Abrimos también a toda la humanidad, especialmente a la humanidad doliente, sin dejar a ninguno descartado. Abrir la puerta de nuestro corazón es hacer de la misericordia, de la caridad pastoral, la categoría más importante en nuestra relación con cada uno de ellos.

Es esta también la invitación que nos hace el papa Francisco en la *Evangelii gaudium*: «La misión es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo. Así redescubrimos que Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia» (EG 268).

Charles Péguy, nos cuenta de un hombre que fue al cielo y un ángel examinador le preguntó: ¿dónde están tus heridas? ¿Heridas? dijo el hombre. No tengo ninguna herida. Y el ángel respondió desanimado, ¿No había nada por lo que valiera la pena luchar? Nuestras heridas, las que sufrimos por los otros,

nos revelan quiénes somos. ¿Llevó yo las heridas de mis hermanos o hermanas? Jesús quiso conservar las suyas como testimonio de su inconmensurable amor. Personalmente cada día estoy más convencido que la

Toda relación nace de una mirada que descubre lo mejor de la persona

categoría humana fundamental es la relación. Pero es también la principal categoría cristiana. Hechos a imagen del Dios Trinidad relación de personas, esta categoría es la que mejor define nuestro ser y nuestros anhelos. Y toda relación nace de una mirada, qué como la de Jesús descubre lo mejor que hay en cada persona.

Un día me miraste

Un día me miraste
como miraste a Pedro...
No te vieron mis ojos,
pero sentí que el cielo
bajaba hasta mis manos.

¡Qué lucha de silencios
libraron en la noche
tu amor y mi deseo!
Un día me miraste,
y todavía siento
la huella de ese llanto
que me abrasó por dentro.
Aún voy por los caminos,
soñando aquel encuentro...
Un día me miraste
como miraste a Pedro.

(Ernestina de Champourcin)

PARA NUESTRA REFLEXIÓN

Estas preguntas nos las he hecho el papa Francisco en varias de sus intervenciones y publicadas por la Congregación de Vida Consagrada el 2 de febrero del 2014, en su Carta: ALEGRAOS.

- Mira en lo profundo de tu corazón, mira en lo íntimo de ti mismo, y pregúntate: ¿tienes un corazón que desea algo grande o un corazón adormecido por las cosas? ¿Tu corazón ha conservado la inquietud de la búsqueda o lo has dejado sofocar por las cosas, que acaban por atrofiarlo? Dios te espera, te busca: ¿qué respondes? ¿Te has dado cuenta de esta situación de tu alma? ¿O duermes? ¿Crees que Dios te espera o para ti esta verdad es solamente «palabras»? (28 de agosto de 2013).
- Somos víctimas de esta cultura de lo provisional. Querría que pensarais en esto: ¿cómo puedo liberarme de esta cultura de lo provisional? (6 de Julio de 2013)
- ¿Estoy inquieto por Dios, por anunciarlo, para darlo a conocer? ¿O me dejo fascinar por esa mundanidad espiritual que empuja a hacer todo por amor a uno mismo? Nosotros, consagrados, pensamos en los intereses personales, en el funcionalismo de las obras, en el

carrerismo. ¡Bah! Tantas cosas podemos pensar... Por así decirlo ¿me he «acomodado» en mi vida cristiana, en mi vida sacerdotal, en mi vida religiosa, también en mi vida de comunidad, o conservo la fuerza de la inquietud por Dios, por su Palabra, que me lleva a «salir fuera», hacia los demás? (28 de agosto de 2013).

- ¿Cómo estamos con la inquietud del amor? ¿Creemos en el amor a Dios y a los demás? ¿O somos nominalistas en esto? No de modo abstracto, no solo las palabras, sino el hermano concreto que encontramos, ¡el hermano que tenemos al lado! ¿Nos dejamos inquietar por sus necesidades o nos quedamos encerrados en nosotros mismos, en nuestras comunidades, que muchas veces es para nosotros «comunidad-comodidad»? (28 de agosto de 2013).
- La inquietud del amor impulsa siempre a salir al encuentro del otro, sin esperar que sea el otro quien manifieste su necesidad. La inquietud del amor nos regala el don de la fecundidad pastoral, y nosotros debemos preguntarnos, cada uno de nosotros: ¿cómo va mi fecundidad espiritual, mi fecundidad pastoral? (28 de agosto de 2013).



Los metaversos

José Tolentino de Mendonça

CARD.- ARZOBISPO ARCHIVISTA Y BIBLIOTECARIO DEL VATICANO

No solo "Facebook" que pasará a llamarse "Meta". Hay muchos ejemplos—que hace poco eran ciencia ficción y ahora están en las agendas gubernamentales—que subrayan esta migración sin precedentes. Estamos dejando la conexión exclusiva con este *uni-verso* y pasando a otro plano de la realidad, es decir, a un *meta-verso*. Curiosamente, los videojuegos y sus modos de interacción proporcionan la maqueta aproximada del admirable mundo que la tecnología se propone poner a disposición de la humanidad. No hace falta decir que las presentaciones de estos metaversos describen mundos más allá del defectuoso y amenazado en el que vivimos. En los metaversos, todo el mundo puede sentirse más capacitado, divertido, infalible o rápido. Exactamente como dentro de un videojuego.

Se dice que uno de los efectos de las restricciones pandémicas fue precisamente la intensificación de las migraciones de la realidad analógica a la digital. Y no faltan las predicciones de que, en poco tiempo, nuestra experiencia de la realidad será más digital que física, porque la humanidad pasará más tiempo, con los ojos pegados a las pantallas—actuando en el metaverso—que en el mundo real.

Otro indicador de este salto de época es la proliferación de los llamados "gemelos digitales" (otra declinación de la idea de metaverso), que aparecieron por primera vez en el ámbito de la industria, y que gracias a la inteligencia artificial se están desplazando hacia dominios más globales. El pasado mes de octubre, la Comisión Europea firmó un contrato con la Agencia Espacial Europea para crear durante los próximos

cinco años una serie de "gemelos digitales" de nuestro planeta. El objetivo es poder monitorizar, a través de estas copias virtuales, la vida del planeta en tiempo real, detectando lo que ocurre dentro de realidades tan macro como la atmósfera, los océanos o la masa forestal. Las posibilidades que se abren son cada vez más amplias y transversales, y nuestras sociedades deben gestionar el vértigo de esta compleja transición de época. Sin embargo, es esencial que una reflexión común pueda arrojar luz sobre las transformaciones en curso. En sí misma, la tecnología es un bien, pero es un bien instrumental, que debe ponerse al servicio no solo del progreso por el progreso, sino de la realización integral de la persona humana. Los metaversos deben ser aliados del universo y no sus competidores.



La sinodalidad que Dios espera de la vida consagrada del tercer milenio (II)

“Es el camino de la sinodalidad lo que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio” (Papa Francisco)

José Cristo Rey García Paredes, cmf
Consejo de dirección de VR

LA SINODALIDAD EN CLAVE PNEUMATOLÓGICA

A veces se tiene la impresión de que en la Iglesia nos creemos con el monopolio del Espíritu de Jesús, como si el Espíritu de Dios no actuara fuera de la Iglesia y se hiciera presente en movimientos populares o en los sueños de los pueblos. ¿No existe un Evangelio de la Creación? Un planteamiento pneumatológico de la sinodalidad no nos recluye únicamente en la Iglesia católica, sino también en las iglesias hermanas, en las religiones, en los movimientos de paz, justicia y cuidado de la creación de la humanidad del tercer Milenio. ¿No será esa la sinodalidad que Dios espera de nosotros?

LA SINODALIDAD FUNDAMENTAL

La sinodalidad es “histórica”: no es lo mismo caminar con otros en el medioevo, en el renacimiento o la modernidad, que caminar con otros hoy. Por eso, la “sinodalidad” hace también referencia a la evolución de la conciencia humana. ¿No se dice que estamos en el tiempo de “la nueva conciencia”? Gracias al Espíritu —que actúa en los signos de los tiempos— la conciencia humana ha pasado por varias expansiones: desde una conciencia tribal, a una conciencia nacional, transnacional y actualmente global. Las Naciones Unidas —con todas sus limitaciones y defectos— son la expresión de la necesidad de una sinodalidad política, de una gobernanza mundial, globalizada.

Ser cristiano es ser sinodal (Card. Bassetti)

El ritmo de la sinodalidad “caminar con otros”: Caminar con otros implica tener en cuenta los diferentes ritmos, las “diferentes velocidades”. Las sociedades tradicionalistas llevan un ritmo lento. En cambio, es veloz o tiende a ser veloz el ritmo de las sociedades progresistas. No es fácil ponerse de acuerdo en el ritmo para “caminar todos juntos”. Propio de cada pueblo es el deseo “caminar juntos”. Es así como emergen culturas, lenguas, tradiciones. Hay un dicho que afirma: “Si quiere ir deprisa, vete solo. Si quieres llegar lejos, vete con los demás”.

El sueño actual de la humanidad es conseguir “caminar todos los pueblos juntos”. Por eso, se piensa en una gobernanza global, en una economía mundial, en la casa común, en otro mundo posible. El papa Francisco expresó este sueño en su encíclica “Fratelli tutti”.

La sinodalidad ecológica: existen anhelos de que la humanidad camine también junto a la madre Tierra y junto a todas las formas de vida (vegetal, animal) que en ella surgen. El papa Francisco expresó este sueño en su encíclica “Laudato Si”.

La sinodalidad utópica: la sinodalidad en todas sus facetas tiene mucho de “utópica”, es una sinodalidad “soñada” y solo en algunos aspectos lograda. Pero sí es verdad que se plantea, que se desea. No obstante, vemos que el camino está lleno de obstáculos. Que, aunque logremos ciertos objetivos y busquemos la unión en el movimiento conjunto, hay también excesivas luchas, retrasos interesados, personas y grupos y pueblos

que desconectan del camino que pretende ser común.

LA SINODALIDAD “CRISTIANA” – SINODALIDAD MESIÁNICA

En su *Carta a la Iglesia alemana* el papa Francisco dice: “la sinodalidad presupone y requiere la irrupción del Espíritu Santo”. La sinodalidad es—así entendida—expresión del gran Pentecostés que sigue aconteciendo en la Iglesia. Solo en la sinfonía de todos los carismas y ministerios la sinodalidad eclesial florece.

Lo que es “sinodalidad” hace referencia a “todos”, “sin excluir a nadie”. Donde hay exclusión también se excluye algo de la acción del Espíritu Santo. La Iglesia del seguimiento, del Camino, de Jesús, es la Iglesia de diferentes formas de vida y vocación, agraciada con “carismas” y “ministerios” diferentes”. Pero se siente llamada a contar con todos, por el Amor (1 Cor 13), por el mismo Espíritu (1 Cor 12), porque todos formamos un solo Cuerpo (1 Cor 12). Ésta es la sinodalidad eclesial, ecuménica e interreligiosa.

La “sinodalidad” convoca a todos los miembros del Pueblo de Dios, sin excluir a ninguno. Jesús nos habló de la importancia de los pequeños —los últimos y sencillos— a quienes se les revelan los misterios de Reino.

“Ser cristiano es ser sinodal”, “compañero de viaje” (Card. Bassetti), es compartir y disfrutar de la “mística del nosotros” (EG, 87 y 272). En la comunidad cristiana —que se rige por el mandamiento principal (“Amarás a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas tus fuerzas”)— la comunión en el Espíritu conduce reflejar ese amor a Dios en una comunidad en la que todos tienen “un solo corazón, una sola alma y todo



en común”. Éste es el modelo neo-testamentario de “sinodalidad”.

Cuando este modelo comunitario desaparece, desaparece también la sinodalidad. Hoy sólo podrá recuperarse volviendo al ideal de las comunidades cristianas de los Hechos de los Apóstoles.

¿Qué es una Iglesia sin comunidades cristianas? La Iglesia de masas entra en sinodalidad cuando bajo el impulso carismático se



compromete con la causa de los valores del Reino de Dios, de la fraternidad y sororidad universal, del cuidado de la creación y los comparte también con otros seres humanos.

LA SINODALIDAD EN LA VIDA CONSAGRADA – SINODALIDAD PROFÉTICA

Existe, puede existir una magnífica sinodalidad en las diversas formas de vida con-

sagrada. No se debe suponer allí donde la pirámide no está invertida: donde el autoritarismo se impone con toda su fuerza; pero sí, allí donde cada persona es considerada y respetada como única, como aquella en la que se revela el Dios que a mí me falta, donde el Espíritu se muestra de manera única.

La sinodalidad debe mostrarse en una nueva forma de realizar las reuniones comunitarias, en las que todos se expresan sin complejos y no hay personas anti-sinodales que acaparen la palabra, o impongan sus ideas y decisiones. Hay sinodalidad allí donde se preparan capítulos provinciales o generales en los que cada uno y cada comunidad expresa su discernimiento, evaluación, proyectos.

Se percibe en los institutos de vida consagrada—cada vez más— una tendencia sinodal fuerte. Esta tendencia no debería ser frenada, sino servir de ejemplaridad práctica para una Iglesia que desea ser cada vez más sinodal.

Comunidades sin alma, sin corazón, nunca serán auténticamente “sinodales” Pero comunidades con alma, con corazón y donde todo se comparte, son semillas de sinodalidad.

CONCLUSIÓN

No seamos fundamentalistas. No veamos la sinodalidad como un fenómeno puramente eclesial. La sinodalidad es aquella que emana del Espíritu del Señor. Hay sinodalidad en el progreso de los pueblos, allí donde se instaura la justicia, la libertad, la paz... Allí donde hay reconciliación. Allí donde la sociedad se orienta y mueve hacia los valores del Reino de Dios.

La sinodalidad no es solo intra-eclésiástica, sino que es también in-ter-eclésial, inter-

confesional, inter-religiosa, inter-cultural, inter...

Hay personas en la vida consagrada seducidas por la otra sinodalidad y que la interpretan, viven y comparten, como victoria del Espíritu sobre las fuerzas de la disgregación. Hay personas en la vida consagrada que, al contrario, detectan en la comunidad eclesial fuerzas dominantes que se imponen, concepciones piramidales que identifican sus opiniones con la voluntad de Dios y las imponen. Y, por eso, desconfían de palabras talismán, que en el fondo no son capaces de cambiar la situación.

¿Será la palabra “sinodalidad” un germen de vida o simplemente un término que se llevará el viento de la temporalidad?

¿Será la palabra “sinodalidad” un germen de vida o un término que se llevará el viento?

¡Hagamos un discernimiento en el que sean escuchadas todas las voces e inquietudes! ¡No aceleremos juicios, ni determinaciones! ¡Hagamos un discernimiento en el Espíritu de todo aquello

que hoy está sucediendo! Y seamos audaces en nuestras decisiones.

“Es el camino de la sinodalidad lo que Dios espera de la vida consagrada del tercer Milenio”. 

Casa de Espiritualidad “San Ignacio”
Plaza de la Iglesia, s/n
33595 Celorio-Llanes (Asturias)
Tel.: 985 40 07 88 - 660 00 07 68
Para inscripciones: 618 181 024
casejercel@jesuitas.es
www.casaejercicioscelorio.com

Ejercicios Espirituales:

13-22 junio. *Para religiosas y religiosos y laicas y laicos con experiencia en Ejercicios ignacianos.* P. José Ignacio Rodríguez Álvarez, sj.

1-10 agosto. *Para religiosas y religiosos y laicas y laicos con experiencia en Ejercicios ignacianos.* P. Carlos Maza Serneguet, sj.

11-20 agosto. *Jesuitas. Abierta a colaboradores y colaboradoras de la Compañía, condición que han de explicar al inscribirse.* P. Juan Miguel Arregui Echeverría, sj.

21-30 agosto. *Para religiosas y religiosos y laicas y laicos con experiencia en Ejercicios ignacianos.* Inocencio Martín Vicente, sj.

Precio: 330€.



Los desafíos de la prevención en la reforma canónica

MARÍA INÉS FRANCK

ASISTENTE EN EL INSTITUTO DE ANTROPOLOGÍA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD GREGORIANA

El deber de prevenir situaciones de abuso en la Iglesia se enraíza en principios y mandatos claramente evangélicos que tienen, sin duda, su correlato en obligaciones de naturaleza moral. En los últimos años, sin embargo, parece estar abriéndose paso también en las disposiciones del derecho canónico.

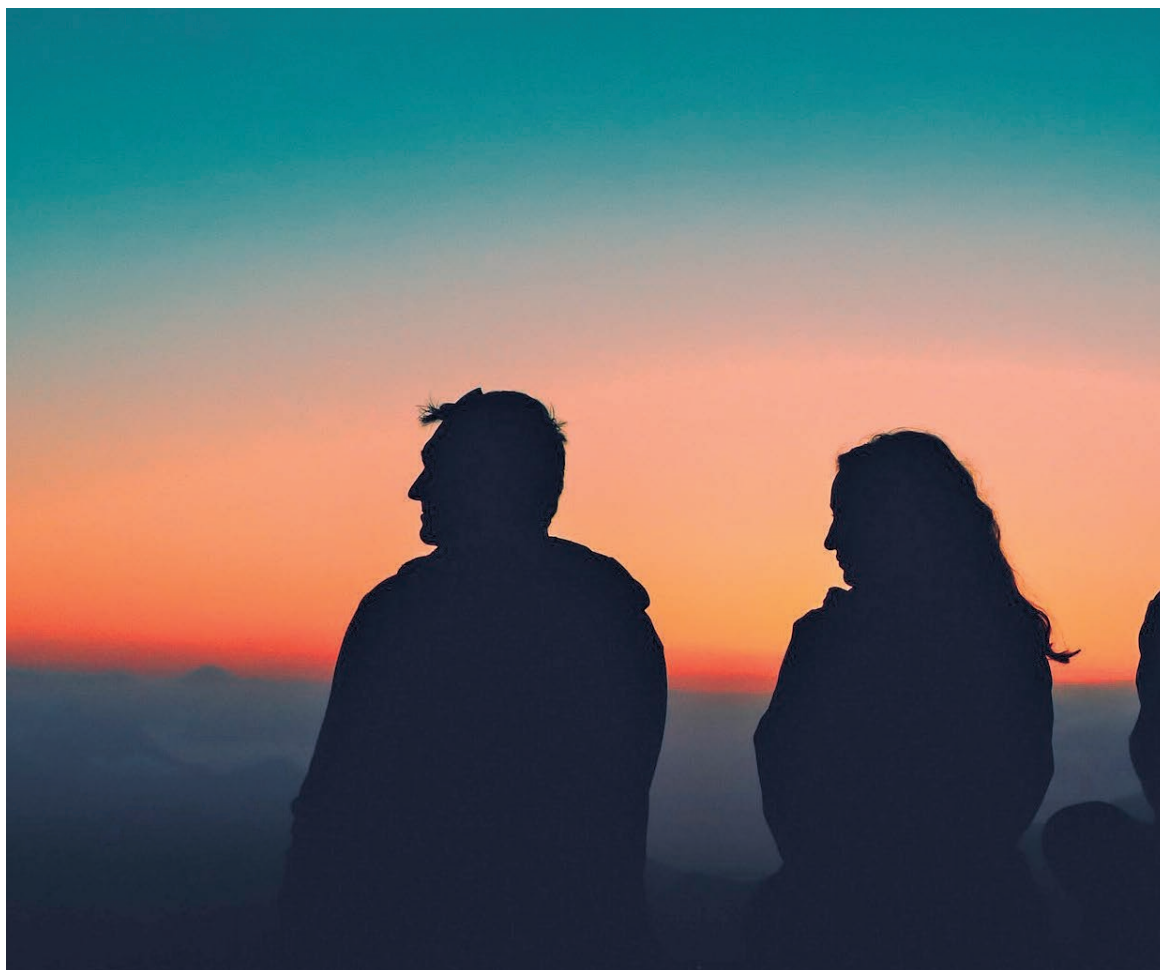
Si bien el Código de 1983 no es demasiado explícito en ese sentido, la obligación de prevención a cargo de las autoridades eclesásticas (obispos, superioras y superiores religiosos) se desprende de la interpretación de los cánones sobre la función de vigilancia a ellas encomendada. También encuadraría dentro de la potestad de gobierno, vinculada a las dimensiones del "cuidado" de la diócesis y de los fieles. La prevención de delitos, por otra parte, parecería ser uno

de los objetivos de los remedios penales y las penitencias.

En los últimos años, varios documentos pontificios han comenzado a incorporar decididamente este concepto. Algunos de ellos son el *Quirógrafo* de 2015 del papa Francisco para la institución de la Comisión Pontificia para la Protección de los Menores en la Iglesia y la Carta Apostólica de 2019 en forma de *Motu Proprio Vos estis lux mundi*. En este sentido, quizás uno de los textos más claros sea la Carta Apostólica de 2016 en forma de *Motu Proprio "Come una madre amorevole"*, en cuyo preámbulo, el Papa se refiere concretamente al deber de toda la Iglesia de proteger con particular afecto a los niños y a los más indefensos, deber que está a cargo de toda la Iglesia, pero que debe ser ejercido especialmente a través de sus pastores. Así mis-

mo, en el Discurso al finalizar el Encuentro sobre "La protección de los menores en la Iglesia" (febrero 2019), el Papa hacía referencia a la necesidad de desarrollar "un nuevo y eficaz planteamiento para la prevención en todas las instituciones y ambientes de actividad eclesial".

La presencia de la obligación de prevención en los textos legislativos es una tendencia que viene a reforzar y a dar mayor peso a un deber que siempre existió, relacionado con el desempeño esperable de "un buen padre de familia" y con el deber natural de evitar daños a terceros. Así y todo, son bienvenidas estas señales de una mayor conciencia canónica sobre la importancia de esta obligación, señales que esperamos se sigan desarrollando con fuerza para lograr que la Iglesia sea un lugar cada vez más seguro.



Constructores de comunidad

¿Cómo nace y crece una comunidad?

Carmen Herrero, fmj

Monja de las fraternidades de Jerusalén. Strasbourg (Francia)



TODA COMUNIDAD NACE DE LA PALABRA ENCARNADA: JESÚS

Toda comunidad es un don del Espíritu Santo, él es quien la inspira y la engendra a través de las personas que él mismo elige y convoca. Por eso, decimos que los “fundadores” son personas carismáticas; porque es el Espíritu Santo quien las elige

La comunidad no vive para sí misma, sino para la misión

para promover en su Iglesia los distintos carismas que la enriquecen y embellecen. Todo carisma es un don de Dios para el bien de la Iglesia y de la humanidad, y para la santificación de quienes se comprometen a encarnarlo con su vida.

El origen y el fundamento de toda comunidad eclesial es la Palabra de Dios: escuchada, meditada, orada, contemplada y anunciada. No basta con escuchar, orar y contemplar la Palabra, sino que tiene que llevarse a la vida; porque es desde la vivencia de la Palabra cómo la persona y la comunidad se construye, crece y se santifica. La comunidad que vive cimentada en la Palabra, hará una evangelización fecunda porque antes se ha dejado evangelizar, es decir, ha ordenado cristianamente su corazón y su mente; y desde esta evangelización del corazón, tanto personal como comunitaria, toda su labor de evangelización será fecunda. La evangelización es el anuncio de la Palabra encarnada: Jesucristo. Pero ¿cómo anunciar a Jesucristo si realmente no lo conozco ni me identifico con él? El conocimiento de Cristo a través de la Palabra y la oración son esenciales para la evangelización, para la transmisión del carisma.

Hemos de decir que tanto la Iglesia, como toda comunidad eclesial, no vive para sí misma sino para la misión, para la evangelización. Esto, el papa Francisco lo está diciendo por activa y por pasiva: “La Iglesia no vive para sí misma, sino para la evangelización, para anunciar a Cristo, y Cristo resucitado”. La Iglesia no es un fin en sí misma, sino una mediación,

el camino que nos ayuda a llegar a la cima, a la nueva Jerusalén, al encuentro con Dios uno y trino. Y esto también lo tenemos que aplicar para toda comunidad. La Regla de san Benito dice: “Al entrar en la vida monástica, examina atentamente si buscas de verdad a Dios”¹. Y prosigue el Libro de Vida de nuestras fraternidades: “No solamente un entorno afectivo, ni un impulso apostólico, o incluso un clima espiritual; sino de verdad a Dios y únicamente a Dios”². Este criterio de discernimiento vocacional a la vida monástica tiene que inspirar toda elección vocacional. Desde este espíritu debes preguntarte: ¿Qué busco al comprometerme en esta vocación concreta, en esta familia religiosa con un carisma propio? ¿Qué deseo dar? Y, ¿cómo puedo colaborar en su construcción y crecimiento? Porque la comunidad se construye entre todos, cada miembro debe implicarse con los dones que ha recibido poniéndolos al servicio y crecimiento de la comunidad, de la congregación y de la Iglesia. Recordemos la parábola de los talentos (Mt 25, 14-30) y seamos responsables de los talentos recibidos. En la vida religiosa se han dado muchas falsas humildades. Recordemos también aquella otra palabra de Jesús: “La gloria de mi Padre es que deis mucho fruto, y así seréis mis discípulos” (Jn 15,8). Estamos llamados a ser piedras vivas en la construcción de la comunidad.

EL SENTIDO PASCUAL DE LA COMUNIDAD

Como ya hemos dicho, la comunidad nace del soplo del Espíritu Santo y de la

Palabra, teniendo como centro la eucaristía. En la eucaristía presentamos las dificultades que encontramos en nuestro camino, unidas a los sufrimientos, ya sean físicos, morales o espirituales, tanto los personales como los de la Iglesia y de la humanidad; todo lo

unimos al sacrificio de Cristo, es más, nosotros mismos nos unimos, con Cristo al Padre, siendo una ofrenda, una hostia viva y agradable a Dios Padre. Vivir la eucaristía desde esta

dimensión es esencial y transforma nuestra vida personal y comunitaria. Una fraternidad que asume su vida diaria como una Pascua continua, un morir y resucitar con Cristo, será una fraternidad viva que, sin palabras está anunciando con fuerza la muerte y resurrección de Cristo. En la eucaristía nos encontramos con Cristo que, muerto y resucitado, vive en nosotros y entre nosotros construyendo la verdadera fraternidad. Las personas que constituyen la fraternidad hunden sus raíces en el misterio Pascual de Cristo y, a través de él, en la comunión misma de las tres divinas personas, es decir, la Santísima Trinidad. Este es el principio y culmen de toda fraternidad cristiana: el misterio trinitario. En Cristo, cada miembro de la fraternidad se sumerge en el corazón de Dios y, todos unidos formamos la fraternidad de comunión a imagen de la Santísima Trinidad, modelo de toda comunidad. Una fraternidad que vive esta dimensión trinitaria será evangelizadora desde el interior; será una piedra viva en el corazón de la Iglesia y en el corazón del mundo.

La *kénosis*³ es una realidad que no nos gusta, pero forma parte del proceso pascual,

Una comunidad que asume la vida como Pascua, será fraternidad viva

tanto personal como comunitario, y de toda evangelización; pues antes que nosotros la vivió Jesús (cf. Flp 2,6-11). Edith Stein escribe: “Quien pertenece a Cristo debe vivir la vida de Cristo en su integridad, ha de alcanzar la madurez del Salvador y andar por el camino de la cruz hasta el Getsemaní y el Gólgota”. Ella vivió el Getsemaní. No podemos olvidar la realidad de la cruz en nuestra vida, hemos de asumir y vivir lo que Jesús vivió, es decir, hemos de cargar con la cruz que se presenta de mil maneras, sin necesidad de buscarla.

La eucaristía purifica y unifica los lazos fraternos, es decir, cada día los hace nuevos porque, purificados de nuestros egoísmos, mundanidades y pecados, nos capacita para amar de una manera evangélica. La eucaristía reaviva la presencia de Cristo vivo en medio de la comunidad y, gracias a su presencia, la fraternidad va creciendo en armonía y profundidad teologal.

Vivamos la eucaristía con este sentido comunitario y eclesial, y despertemos a otras personas para que también la vivan desde esta dimensión comunitaria y eclesial. Sea-



mos fermento de renovación en nuestras comunidades parroquiales desde esta vivencia comunitaria de la eucaristía. La eucaristía no es un acto de piedad personal sino una celebración comunitaria, universal.

LA TRINIDAD: MODELO DE TODA COMUNIDAD

Jesús nos exhorta al amor fraterno: “Amados los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 13,34). El amor fraterno es el que debe reinar en toda comunidad cristiana, el amor trinitario; porque no basta amarse con un amor de empatía o de atracción natural, psicológica y afectiva. ¿Esto es malo? No, ello puede ser la “puerta” de entrada para una relación más profunda. Sin embargo, el amor trinitario es muy diferente. “Dios ha derramado su amor en nuestros corazones” (Rm 5,5). Y es desde este amor y con este mismo amor con el que los cristianos hemos de amarnos los unos a los otros; y mucho más quienes queremos vivir de manera más radical nuestro compromiso bautismal en comunidad, en medio del mundo, acompañando a nuestros hermanos y hermanas en humanidad.

Como ya hemos dicho, el amor cristiano tiene que estar cimentado en la Trinidad. Toda comunidad que quiera vivir unas relaciones fraternas primero tiene que descubrir y vivir el misterio trinitario y, partiendo de este amor trinitario, intentar amar; porque si realmente queremos amar a imagen de la Trinidad no podemos apoyarnos solamente en nuestra capacidad humana de amar. El misterio trinitario es amor, relación, entrega mutua, respeto y uni-

dad en la diversidad y libertad. La persona por sí misma es incapaz de amar como Jesús nos enseña; por ello hemos de apoyarnos y dejar que “brote” de nuestro interior, el amor que nos ha sido dado por la acción del Espíritu Santo.

En ocasiones nos atormentamos porque no sabemos ni podemos amar. Ese sufrimiento que nos bloquea para amar nos viene de que nos empeñamos en amar con nuestras propias fuerzas, sin tener presente que “el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad” (Rm 8,26). La dificultad está en que, por lo general, no somos conscientes de que el amor de Dios nos habita, y que lo único que tenemos que hacer es dejarlo “brotar” en lugar de ponerle obstáculos y querer amar desde nuestra propia fragilidad y vulnerabilidad. Esto mismo nos pasa con la oración. Muchas son las personas que dicen: ¡No sé orar!; pues bien, deja que la oración que te habita “brote” en ti. ¡Así de fácil es la oración! Y así de fácil es también amar desde Dios y con Dios. El problema está en que somos muy voluntaristas y creemos más en nuestro propio esfuerzo y capacidades que en la acción del Espíritu Santo en nuestra vida.

El misterio Trinitario es auténtico amor y se expresa en la entrega

El diálogo sincero es un valor muy necesario para vivir las relaciones fraternas, para lograr la armonía y unidad con cada miembro de la fraternidad. Porque lo no

dicho, lo guardado, acumulado y mal interpretado o no comprendido crea malestar y va enfriando las relaciones fraternas, sembrando la cizaña y la desconfianza; para terminar en la desunión y, a veces, en la ruptura. En el Himno de la Caridad, (I Cor 13,1ss),

encontramos el cimiento de lo que tienen que ser unas relaciones cristianas y fraternas.

¿Somos conscientes de que las relaciones fraternas nos ayudan a madurar tanto a nivel humano como espiritual? La relación fraterna también nos ayuda a vivir los valores que integran nuestra vocación, nuestro propio carisma y misión evangelizadora. Nada hay más fecundo que las relaciones sinceras de una fraternidad que se quiere y acepta a cada uno de sus miembros tal como es. Al contrario, fuerte es la esterilidad de una fraternidad donde reina la caricatura del amor, la discordia, las envidias, las rivalidades camufladas y el deseo de poder. Esto el Concilio lo ha expresado de forma muy clara: “La caridad es la plenitud de la ley y el vínculo de perfección y por ella sabemos que hemos sido traspasados de la muerte a la vida. En fin, la unidad de los hermanos manifiesta el advenimiento de Cristo y de ella dimana una gran fuerza apostólica”⁴. Y el beato Pablo VI, decía a la vida contemplativa: “Los muros del convento son de cristal y por ellos se transparenta la autenticidad de la vida fraterna”. “¡Mirad cómo se aman!”. Este es el mayor testimonio y mejor forma de evangelización.

La nota más característica de la vida de los primeros cristianos era el amor de unos con otros. Por este amor eran reconocidos por los paganos. Procuraban llevar a la práctica el mandato de Jesús: “Amaos unos a otros como yo os he amado”, herencia que nos ha dejado Jesús, la cual deberemos vivir y transmitir. A la luz de la Palabra de

Dios y de santa Teresa, mujer de experiencia, la orientación de las relaciones fraternas, tiene que ser: de llaneza, sencillez, sinceridad, confianza y apertura. Y todo esto vivido desde las virtudes teologales.

Quiero terminar con el texto de san Pablo: Cristo, el siervo de Dios, en su misterio pascual, porque lo considero esencial, siendo el cimiento estable de una fraternidad que día a día intenta vivir el misterio pascual unida a Cristo, su modelo.

“Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Flp2, 6-11).

Que la gracia del Espíritu Santo nos ayude a responder a este gran reto de formar verdaderas comunidades cimentadas en la vivencia pascual y el amor trinitario. 

1 Regla de San Benito, c, 58, II, 627.

2 Un Camino Monástico en la Ciudad. Libro de Vida de las comunidades monásticas de Jerusalén. Capítulo monjes y monjas, nº 53, ed. Narcea.

3 El término “kénosis” proviene de la palabra griega κένωσις y se emplea para describir la doctrina del auto-despojo de Cristo en su encarnación. San Pablo, en la carta a los Filipenses 2,7, dice que Jesús “se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres”.

4 *Perfectae caritatis*, nº 15.



La anormalidad de los normales (I)

“Parece que lo sin está de moda. También en el campo de la Iglesia hay muchos cristianos sin convicción, sin alegría y sin compromiso”

Gonzalo Fernández Sanz, cmf

Parece claro que la vida religiosa occidental se ha normalizado mucho en el último medio siglo. Algunos consideran este fenómeno como algo saludable e incluso necesario; otros piensan que con esta normalización hemos engrosado la cultura sin. Se habla de pan sin gluten; de leche sin lactosa; de cerveza sin alcohol; de zumos sin azúcar; de aceitunas sin sal; de carnes sin grasa; de conservas sin conservantes; de refrescos sin cafeína; de músicas ruidosas sin inspiración, de programas televisivos sin originalidad y sin pudor... y de políticos sin vergüenza. Parece que lo sin está de moda. También en el campo de la Iglesia hay muchos cristianos sin convicción, sin alegría y sin compromiso.

¿EXCESIVA NORMALIZACIÓN?

¿Estamos viviendo una vida religiosa sin anormalidad? ¿La hace esto más digerible y aceptable a los ojos de la gente o constituye el principio de su definitiva disolución? Quizás algunos ejemplos aclaren de qué estamos hablando. En el contexto europeo (y más concretamente en el español), los religiosos tenemos cobertura sanitaria, cobramos pensiones cuando nos jubilamos, conducimos vehículos propios, usamos tarjetas de crédito para nuestras compras por Internet, nos vestimos como los demás, disfrutamos de vacaciones anuales, visitamos a nuestros familiares y amigos, frecuentamos algún restaurante, vivimos por lo general en casas amplias y confortables, vamos al cine y asistimos a espectáculos deportivos y musicales, disponemos de ordenador personal y hasta desarrollamos

Deberíamos achacar la escasez de vocaciones a la falta de coherencia



en algunos casos profesiones seculares remuneradas. O sea, que somos normales, muy normales. Salvo casos aislados, no se nos percibe como bichos anormales o raros.

Para los críticos de la vida religiosa (entre los que se cuentan algunos laicos, pero también religiosos, sacerdotes y obispos), esta excesiva nor-

malización es una de las causas, si no la principal, de lo que ellos consideran el declive de la vida religiosa occidental durante el posconcilio. En otras palabras, los religiosos, en un afán fallido de encarnación, inculturación o normalización, hemos cavado nuestra propia tumba. No deberíamos achacar la escasez de vocaciones al descenso demográfico, a la secularización de la sociedad o al creciente aprecio de la vocación laical, sino a nuestra falta de coherencia con los ideales profesados. Nos hemos normalizado tanto que ya no se percibe en qué consiste la novedad de nuestro estilo de vida con respecto a otras formas de vida en la Iglesia.

De hecho, muchos jóvenes de los que antes llamábamos comprometidos no ven ya la necesidad de entrar en un instituto religioso para seguir haciendo más o menos lo mismo que pueden hacer como laicos sin las ataduras de los votos. En consecuencia, optan por seguir activos en sus parroquias, colegios, movimientos o grupos de vida cristiana. La vida religiosa no supone para ellos ningún plus de peligrosidad social (valga la ironía) ni les resulta particularmente bella y atractiva. Por si no bastara esta constatación experiencial, ciertas teologías se encargan de borrar, por impostado y anticlesiológico, cualquier atisbo que suene a superioridad o simplemente a excelencia.

LA HISTORIA ENSEÑA MUCHO

Me parece que una de las lecciones de la multisecular historia de la vida consagrada en general (y de la vida religiosa en particular) es que su aportación a la Iglesia —y

también su atractivo para las nuevas generaciones— ha estado ligada a propuestas de vida que se apartaban de la normalidad, entendiendo este concepto en su acepción sociológica (no psicológica), como ajuste a los valores y comportamientos medios de

la sociedad. Quienes piensan que estamos viviendo un cambio de época y que la modernidad (incluyendo sus correcciones posmodernas y ultramodernas) está en franca descompo-

Nos hemos normalizado tanto que ya no se percibe la novedad



sición, hacen algunos paralelismos entre este primer tercio del siglo XXI y el período que siguió a la caída del imperio romano. Entonces, la Regla de san Benito (480-547) dibujó un estilo de vida verdaderamente alternativo. Con su “escuela del divino servicio” propuso un itinerario armonioso que combinaba la soledad, la vida en común, la *Lectio* divina, la liturgia, el trabajo, el estudio y la hospitalidad.

Esta propuesta ha llegado hasta hoy porque no está ligada tanto a la prestación de servicios sociales o pastorales (más o menos mudables con el correr de los tiempos), cuanto a una forma alternativa de vida que

se distingue con suficiente nitidez de la que llevan los cristianos seculares y los clérigos. No es extraño, por tanto, que en la Europa secularizada de hoy haya jóvenes que vean en la vida monástica un camino diferente, anormal, atractivo. Algunos expertos llegan a pronosticar que el futuro de la vida religiosa estará muy ligado a antiguas y nuevas formas de vida monástica porque son las que más acentúan la diferencia con el estilo de vida normal. Es probable que desaparezcan muchos institutos que surgieron para tareas (educativas, sanitarias, asistenciales) que hoy ha asumido la sociedad.

¿Qué pasa entonces con los muchos institutos que fueron fundados en otras etapas de la historia (pensemos en las formas conventuales y, sobre todo, en las apostólicas, tan florecientes en los siglos XVIII, XIX y XX)? Si la anormalidad tradicional casi ha desaparecido (separación física, hábito propio, costumbres alejadas de la gente común, etc.), ¿cómo puede visibilizar la vida religiosa su identidad carismática? ¿Hay nuevas e inteligibles de la anormalidad que siempre la ha caracterizado? Yendo más al fondo, ¿es de verdad necesaria una cierta anormalidad para ser una expresión genuina de la *memoria Jesu* o, más bien, hemos comprendido que es en la normalidad normal (valga la aliteración) donde mejor se transparenta el estilo de vida de Jesús, que no tiene mucho sentido la huida del mundo, sino la inmersión plena en él?

CON LOS PIES EN EL SUELO Y LA MIRADA A LO ALTO

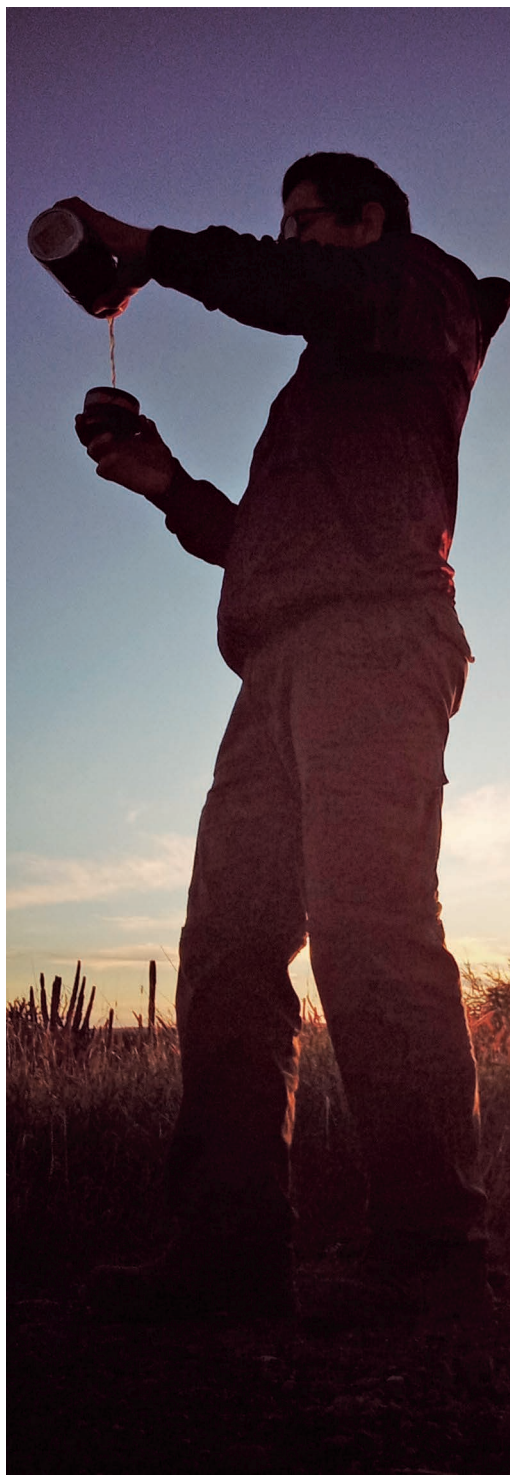
Si acentuamos el sentido de la encarnación (“pasó por uno de tantos”, Flp 2,7), entonces no tiene mucho sentido imaginar que las formas de vida religiosa —que pre-



tenden reproducir el estilo de vida de Jesús—deban ser anormales. Al contrario, toda encarnación-inculturación-inserción será poca para hacer ver que Jesús no ha sido un ser extraño a su tiempo ni ha inaugurado un estilo de vida anormal. Pero si ponemos el acento en su novedad, en su carácter rupturista y profético, entonces una cierta anormalidad parece imprescindible si de verdad queremos reproducir su estilo de vida.

¿Cómo realizan las diferentes formas de vida religiosa “la función de manifestar ante todos los fieles que los bienes celestiales se hallan ya presentes en este mundo” y “la de testimoniar la vida nueva y eterna conquistada por la redención de Cristo, sea la de prefigurar la futura resurrección y la gloria del reino celestial” (LG 44)? ¿No implica este testimonio una cierta ruptura del nivel de conciencia y, por lo tanto, una cierta anormalidad existencial y aun sociológica? Si algunos de los indicadores tradicionales han perdido vigencia, ¿están surgiendo otros nuevos? ¿Se está abriendo paso una nueva anormalidad?

Tanto la dimensión de encarnación (ya sí) como la escatológica (todavía no) forman parte de toda forma de vida religiosa que pretenda reproducir el estilo de vida de Jesús. Si queremos evitar brechas innecesarias, no tendríamos que convertir estas polaridades en dilemas. Los religiosos seguimos a Jesús siendo como los demás (no formamos una casta aparte) y, al mismo tiempo, transparentamos otra forma de vida posible (no reproducimos, sin más, el estilo de vida imperante en un determinado momento histórico). Estamos con los pies en la tierra y expresamos con osadía nuestro anhelo de cielo. Caminamos con los más pobres y mantenemos encendida la vela de la esperanza escatológica. 





En compañía...

DANIELA CANNAVINA

CAPUCHINA DE LA M. RUBATTO. SECRETARIA GENERAL DE LA CLAR

Hace días me encontré con un bello diálogo que despertó la reflexión que comparto: “¿Qué es más importante—preguntó el Gran Panda— el viaje o el destino? La compañía—dijo el pequeño Dragón—”.

Para la vida religiosa, la respuesta del Dragón es desafiante e imprescindible. Precisamos para el largo camino significativas compañeras y compañeros que nos ayuden a llegar a destino, a la meta anhelada, y desde allí estrenar nuevos pasos. Compañeros discernientes, de mirada objetiva, mujeres y varones que saben navegar a vela desplegada, dejándose llevar por el viento del Espíritu para seguir avanzando en la gran travesía. Compañeros de palabra, de esperanza larga, que no temen al conflicto, que saben ayudar a abrazar el dolor, sabiéndolo protagonista indispensable en la historia de salvación personal y comunitaria.

Compañeros que apoyan, señalan, indican, invitan a reflexionar, ayudan a levantar la mirada, escuchan pacientemente, dialogan sin tapujos, ríen, disfrutan, se sumergen en los grandes y relevantes temas y gozan a la par de lo más insignificante. Compañeros que no miden las palabras, ni acotan los sueños, evitan el qué dirán y colocan sus inquietudes y dudas sobre la mesa larga de la vida. Compañeros que nos descontracturan de tanta formalidad, festejan los logros como si fueran propios, rezan a nuestro lado los proyectos e invitan a vivir una espiritualidad encarnada en cada rincón de la andadura cotidiana. Con asombro, y tal vez congoja, puedo decir que estas compañías vitales muchas veces no se encuentran en nuestras propias realidades institucionales, sino que forman parte de la riqueza inter-carismática en los rostros concretos de hermanas y hermanos que en el cruce

de la gracia, se conectan y empatizan cordialmente. ¿Por qué será que este tipo de compañía fluye con tanta naturalidad entre quienes no vivimos bajo un mismo techo comunitario? Tal vez se agotaron las sorpresas, la admiración, la confianza, la estima, la aceptación mutua y tanto más, poniéndonos de cara a un “alguien” con quien solo nos conecta el silencio, la sospecha y la desconfianza. Me pregunto: ¿cómo recuperar en nuestras comunidades una leal compañía de camino y destino? ¿Cómo volver a hacer de nuestras mesas un espacio de encuentro, de construcción comunitaria entre iguales y de sueños compartidos sin prejuicios ni etiquetas? Hoy más que nunca imploremos por grandes “cumpanis” (cum:con/panis:pan), con quienes compartir el pan de las ilusiones, o más aún, con quienes comer del mismo pan. ¡Hagamos que suceda!



El saber y el sabor de la vida

Francisco Javier Caballero, CSsR

Los salmos son esos compañeros de camino de la vida consagrada y de la Iglesia en el día a día. Son la oración que sostiene la vida de comunión y en la que destaca no los méritos que esta realiza, sino la libre elección y la gracia de Dios. Gran parte de los salmos fueron escritos, según la tradición, por el rey David, uno de los personajes más importantes de la historia de la salvación. En su oración junto a la alabanza y la organización del culto aparecen las debilidades, las faltas, las duras acciones. La Iglesia sorpresivamente acoge ese “legado de debilidad” davídica y lo hace suyo.

Aunque las piedras callasen muestra que hay expresiones del corazón y de la vida que no se pueden acallar, que desde lo más profundo expresan dolor, alegría, belleza o dificultad. Oraciones que nos ayudan a verbalizar y poner nombre a nuestro diálogo con Dios. Como dice el autor, cada ser humano es una oración y esa vivencia personal es un

grito que pide ser escuchado. Por eso, siempre surgirán voces invocando la presencia de Dios que escucha, consuela, acompaña, ríe y llora con su pueblo. La súplica no es una opción, es una unción, un aliento que nos hace recobrar la dignidad.

Este libro no es un escrito sobre los salmos sino inspirado en los salmos. Por ello, el autor intenta meterse en la piel de las personas que hacen suya esta súplica. Ciento cincuenta personas diferentes: mujeres, hombres, niños, adultos... en búsqueda de sentido con

realidades sociales, morales y existenciales muy diversas. Hay voces muy distintas de agradecimiento, alabanza, enfado, maldición, necesidad... pero todas ellas tienen un denominador común: la sed de Dios. Es un libro para escuchar el corazón, dejar gritar las entrañas, empatizar con el que grita o, más bien, para rezar con el que reza.

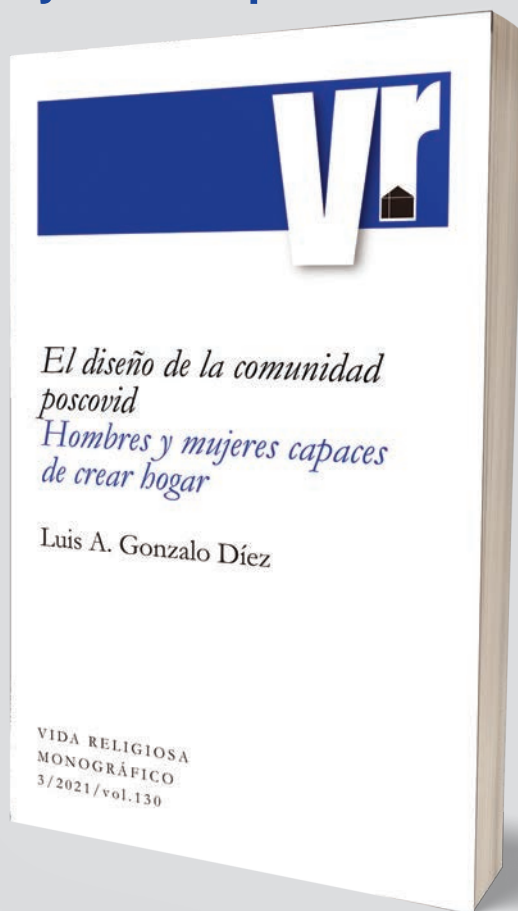
En él encontramos la voz de mujeres que han sufrido abuso o violencia, las que han sido ejemplo de humildad o ternura, las que engendran una nueva humanidad con valor; pero también hay compañeros, amigos del corazón, que sueñan proyectos y metas. También encontramos retratos de momentos de gracia o tristeza que mueven a la súplica, ritmos de música o de arte, superación física, catarsis, enfermedad o fiesta... y, cómo no, la mirada a la debilidad en las adicciones, los migrantes, las prisiones, los sin papeles con nombre propio, los menores, las familias rotas...



SANTOS URÍAS IBÁÑEZ, *AUNQUE LAS PIEDRAS CALLASEN. SALMOS PARA EL CAMINO*
KHAË, MADRID 2021, 333 pp.

El diseño de la comunidad poscovid

Hombres y mujeres capaces de crear hogar



Pistas y propuestas para
construir comunidades hogar

La pandemia lo ha cambiado todo y ha puesto al descubierto la **debilidad de la comunidad local**. Lo positivo de la nueva situación es que nos ha hecho tomar conciencia de **volver a lo esencial** y, por fin, ha situado la vida consagrada en el siglo XXI.

Cursos

Dinamización Comunitaria

INSTITUTO TEOLÓGICO DE VIDA RELIGIOSA

REVISTA VIDA RELIGIOSA



EN EL INSTITUTO TEOLÓGICO DE VIDA RELIGIOSA

FECHA

Marzo de 2022. Días 11 y 12.

Viernes 11 de marzo de 16.30 h a 20.00 h.

Sábado 12 de marzo de 10.00 h a 13.30 h

y de 16.30 h a 20.00 h.

MATRÍCULA

Presencial: módulo completo 60 € (incluye materiales y práctica del sábado por la mañana).

Online: Sesiones de la tarde del viernes y la tarde del sábado: 40 € por persona (zona horaria Madrid-España).

LUGAR

Instituto Teológico de Vida Religiosa
C/ Juan Álvarez Mendizábal, 65 dpdo.
28008 Madrid. Teléfono: 915 401 273
secretaria@itvr.org - (Plazas limitadas)

EN LA PROPIA CONGREGACIÓN

Pueden solicitar el curso las congregaciones que estén interesadas conectando con la secretaria de la Revista VR en secretaria@vidareligiosa.es o al teléfono: (0034) 915 401 262

1.

Nuevo estilo
comunitario tras
la Covid-19.

2.

Ejercicios prácticos
de construcción y
reconstrucción
comunitaria.

3.

Nuevo liderazgo en
clave sinodal para
nuestras comunidades.

4.

El cuidado de la perso-
na en los procesos de
revitalización y
reorganización.

Coordinador: L. A. Gonzalo Díez, CMF

Equipo: Francisco Javier Caballero, CSSR,
Manuel Romero, TOR, Teresa Comba, CRSD

